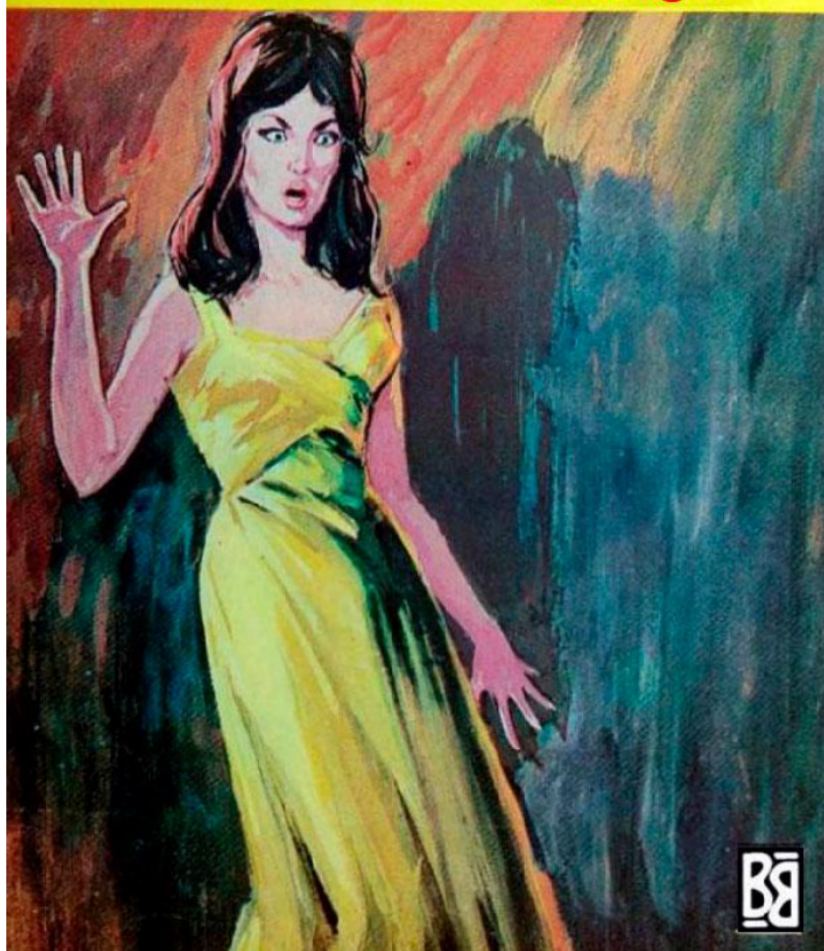


PUNTO
ROJO

te mataré a medianoche, querida

keith luger



B&B

COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

TE MATARE A MEDIANOCHE, QUERIDA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 322

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.236 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: junio, 1968

© KEITH LUGER - 1968
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.066. —Un ataúd para descansar.

En Colección SERVICIO SECRETO:

922. —Usted es una fresca, Brigitte.

En Colección BUFALO:

764. —Las tres hijas de Helen.

En Colección SALVAJE TEXAS:

634. —Ese canalla de Mike.

En Colección KANSAS:

522. —Salomón y la reina de Texas.

En Colección BRAVO OESTE:

384. —El tesoro de Johnny Ringo.

En Colección PUNTO ROJO:

319. —¿A qué hora le mataron, mister Kennedy?

En Colección CALIFORNIA:

612. —Peligro de muerte en Rocker Hill.

En Colección ASES DEL OESTE:

475. —Colmena de forajidos

En Colección COLORADO:

550. —Yo soy un *gun-man*.

CAPÍTULO PRIMERO

Nat Markins entró como un ciclón en la habitación treinta y cuatro del hotel «La Concordia» y gritó:

—¡Jim, seré famoso! ¡Seré millonario!

Se detuvo porque estaba hablando al vacío. En la habitación, que se componía de dos camas, no había nadie.

Sin embargo, oyó un chapoteo en el pequeño cuarto de baño y poco después vio aparecer a su amigo Jim Becket, tan sólo envuelto con una toalla.

—¿Qué pasa, Nat? No, no me lo digas. Otra partida de dados y esta vez encontraste a un par de primos. Pero te voy a decepcionar. No tengo un condenado dólar. Los tres que me quedaban los gasté anoche con la pelirroja Anne. Ella no comía desde la mañana.

Nat Markins era alto, grueso y podría haber pasado por un descargador del muelle, entre otras cosas porque lo había sido, pero un par de años atrás se había encontrado con Jim Becket y éste le había ofrecido la oportunidad de ser su ayudante en la venta del crecepelo «El Gorila Seductor». En este negocio habían tenido muchas alternativas, ya que unas veces caían en poder de un *sheriff*, otras en la de un *marshall* y en algunas en las de un simple agente de policía.

Abandonaron la venta del crecepelo y, a partir de entonces, se dedicaron a lo que salía.

Jim había cumplido recientemente los veintiocho años y poseía un rostro inteligente, con ojos negros, brillantes, y un cuerpo bien formado.

—Jim, no se trata de ninguna partida de dados —exclamó Nat—. Es algo mucho más sensacional.

—No me digas que acertaste en una carrera de potrancas.

—Tampoco.

—Te casaste en secreto y tu mujer se ha muerto dejándote

heredero.

—Oh, no, Jim, si me hubiese casado alguna vez, te lo habría dicho antes de ahorcarme.

—Está bien. Dilo de una vez. ¿Qué fue?

Nat levantó la barbilla y se puso de perfil.

—Seré el nuevo Rodolfo Valentino.

Jim se quedó asombrado.

—¿Eh?

—O un nuevo Marlon Brando...

—Conque fue eso, el *whisky*... ¿Quién te invitó a tantos tragos, Nat? Tú necesitas medio frasco para que te haga efecto.

—Jim, no bebí ni un solo trago... Y estoy tratando de decirte que he sido contratado por los estudios cinematográficos de Hollywood... Fue esta mañana. Tú estabas durmiendo, de modo que me marché para no despertarte... Me imaginé lo que habría pasado, que estarías sin blanca, pero quise cerciorarme y te registré la chaqueta. Como esperaba, no encontré un centavo y me dije: «Nat, Jim ha hecho muchas cosas por ti, ¿qué has hecho tú por él?...».

—No sigas o me harás llorar.

Nat soltó una carcajada.

—No es para llorar, es para reír. Salgo de casa y me voy a la de Joe. Ya sabes, quería que me fiase un café con leche, pero el muy tacaño dijo que le debemos cuatro dólares noventa, y yo le digo que me ponga el café con leche con un bollo y que apunte otros veinticinco centavos, y va Joe y me dice que beba un vaso de agua y que así no me apuntará nada en la cuenta... ¿Y qué es lo que pasa entonces?... No, Jim, no lo digas. Yo te lo diré. Que un hombre me toca el hombro y me dice: «No se preocupe, amigo. Va a beber café con leche y va a comer todos los bollos que quiera...». ¿Qué te parece, Jim?...

—Yo creí que en el año 1968 ya no ocurrían los cuentos de hadas...

—Pues eso fue lo que ocurrió, Jim. Y yo me tomé un café con leche y tres bollos.

—¿Tres nada más?

—Bueno, cuatro, o quizá fuesen cinco... Y entonces aquel tipo pagó, y va y me dice: «¿Quiere trabajar para el cine?». —Nat hizo una pausa—. Sí, Jim, eso fue lo que me dijo, que si quería trabajar

para el cine, y yo le contesté que cuánto pagaban, y él me dijo que diez dólares diarios... Entonces yo le dije que podía contar conmigo, y él me dijo que hoy mismo, a las once, estuviese en los estudios las tres P.

—¿Tres P?

—Petromix Producciones Paladium. Y el tipo agregó que su nombre era Zachary Spencer, y que es ayudante del jefe de producción, y que yo iba a trabajar en la película «Teodora, emperatriz de Pancracio».

—Bizancio.

—¿Cómo?

—«Teodora, emperatriz de Bizancio».

—Como tú quieras, Jim... Pero todavía falta algo más; Zachary Spencer va y demuestra que es un gran tipo y saca un montón de billetes capaz de atragantar a un buey y deshoja cinco billetes de a dólar y me los larga.

—Bravo, Nat.

—¿Verdad que sí, Jim?

—¿Qué clase de papel vas a hacer?

—No me lo dijo, pero Zachary Spencer aseguró que se me verá bien en la pantalla...

Jim pensó que a su amigo lo necesitarían para pegar unos cuantos mamporros, pero no se lo dijo.

—Jim, date prisa.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para acompañarme a los estudios.

—Eh, Nat, a mí no me contrataron...

—Ya lo intenté, ¿sabes? —Nat se miró la punta de los zapatos—. Le hablé al señor Spencer de ti y me pidió tu descripción física, yo se la di, pero no le interesó. Quizá me equivoqué porque te puse demasiado guapo.

—Bueno, Nat, no te preocupes. La próxima vez me pones feo.

—Sí, ya sabes que ahora se estilan los tipos feos. ¿Te acuerdas de nuestro favorito Humphrey Bogart? Se ha puesto otra vez de moda...

A Jim le preocupaba muchas veces la ingenuidad de Nat. De buena gana le habría dicho que sólo sería un extra, pero ¿por qué decepcionarle?

—Está bien, Nat. Iré contigo.

—Quizá cuando te vea el señor Spencer cambie de opinión y te dé un papel en la película.

—Sí, es posible.

—Date prisa, Jim, o llegaremos tarde.

—Primero pasaremos por lo de Joe para almorzar.

—Oh, no, Jim. Querrá que le paguemos Por fortuna Joe no vio cómo el señor Spencer me daba los cinco dólares, o habría sacado la pistola que guarda en el cajón antes de permitirme escapar con el dinero.

—Está bien, Nat, ya comeré en los estudios.

Minutos más tarde bajaban la escalera.

La señora Rochester, la dueña y gerente del hotel «La Concordia», los llamó desde el registro.

—Caballeros, deben nueve dólares por la habitación. ¿Cuándo van a pagar?

—Señora Rochester, tiene usted suerte —repuso Jim, y cogió una rosa roja de un jarrón—. Aquí Nat, va a trabajar en el cine...

—¿Otra vez con sus historias...?

Nat exclamó muy ofendido:

—Señora Rochester, es cierto. Estoy contratado para filmar «Teodora, emperatriz de...». ¿Cómo se dice, Jim?

—Bizancio —contestó Becket poniéndose la rosa roja en la solapa.

—Ya lo ha oído, señora Rochester. Emperatriz de eso. Y si se pone usted antipática con nosotros, le voy a negar hasta el autógrafo.

La señora Rochester se puso a dudar en si creer o no aquello, y Jim aprovechó la ocasión para llevarse a su amigo a la calle.

Viajaron en autobús hasta los estudios y, al desembarcar, vieron ante la puerta enrejada a mucha gente.

—Demonios, Jim, no había contado con eso —dijo Nat.

—¿Con qué?

—Con el pase. El señor Spencer me dio uno.

—Sí, y por lo visto lo exigen ál entrar.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jim?

—No te preocupes. Es cuenta mía.

Jim se dio cuenta de que todos los hombres que estaban allí

tenían un pase parecido al de Nat, de color rosa, de modo que se abrió paso por entre ellos gritando:

—¡Dejen sitio! ¡Dejen sitio!

El portero del estudio, con uniforme, observaba atentamente cada pase.

—Entre —decía tras el examen.

Jim gritó ya cerca del portero:

—¡Pónganse en cola! ¡No se aglomeren! —Esperó a que el portero lo mirase y entonces agregó—: Eh, usted debe exigir más orden. ¿No se lo dijo Zachary Spencer? Con tanta aglomeración se expone a que alguien se le cuele.

El portero tartamudeó:

—Oh, señor, sé cumplir con mi deber.

—No lo dudo, pero ponga más cuidado. No queremos gente extraña en los estudios.

Eso lo dijo cuando ya estaban pasando por delante del portero, el cual se llevó instintivamente la mano a la gorra de plato.

Jim se dirigió con paso resuelto hacia las naves que había a la izquierda.

Nat trotó detrás de él para darle alcance.

—Eh, Jim, eso fue para partirse de risa.

—Pues no te partas porque te necesitan para trabajar. ¿En qué estudio has de presentarte?

—Aquí dice el número tres.

Fueron al estudio número tres y un hombre salió al encuentro de Nat:

—Hola, Nat.

—¿Qué tal, señor Spencer? Aquí me tiene listo para ganar un Oscar.

Spencer soltó una risita.

—Fue un buen chiste, Nat.

—Traje a mi amigo, ya sabe, a Jim Becket, le hablé de él.

—¿Qué tal, señor Spencer? —saludó Jim.

Zachary Spencer era un tipo pequeño y miraba a través de unos lentes de carey.

—Ya le dije a Nat que no podía contar con usted. No sé por qué ha venido. ¿Cómo le dejaron entrar?

—Vengo como *manager* de Nat.

—¡*Manager*! Oiga, Jim, ¿es broma?

—En absoluto.

—Está bien, Nat. Vaya al vestuario número cinco. Está hacia el fondo. Allí le dirán lo que ha de ponerse.

Nat se fue muy contento y Zachary Spencer dijo a Jim:

—Oiga, Jim, su amigo sólo va a hacer de bárbaro.

—¿De qué?

—Se trata de una escena en que la emperatriz Teodora recibe a una comisión de guerreros feroces, ya sabe, de aquellos bestias que constantemente estaban amenazando el Imperio.

—Lo siento por Nat. Estaba muy ilusionado.

—Ya debió imaginarse que por diez dólares diarios no iba a hacer el papel de Teodora.

—Nat habría quedado muy mal con melena.

—Llevará cuernos.

Jim dio un suspiro.

—Está bien, señor Spencer. Dígame dónde está el bar del estudio y esperaré allí a que Nat termine su sesión.

—Será lo mejor porque aquí sólo puede estar el personal del film. Lo siento, pero las órdenes son muy estrictas.

—No se preocupe. Me hago cargo.

Zachary le dijo dónde estaba el bar y tuvo que dejar de prestarle atención porque se tenía que encargar de los restantes guerreros que llegaban.

Jim fue al bar del estudio, donde un hombre se estaba dirigiendo a un enjambre de fotógrafos y periodistas:

—Caballeros, hoy se da el primer golpe de manivela de «Teodora, emperatriz de Bizancio». Los estudios Petromix van a invertir en esta producción quince millones de dólares... Han sido necesarios tres años de preparación y no se ha escatimado ningún esfuerzo... En primer lugar, había que pensar en una actriz para el papel de Teodora. Ustedes saben que muchas actrices con anterioridad han encarnado a la famosa emperatriz... Por eso necesitábamos nosotros una con clase especial. Nos encontrábamos con un gran dilema. ¿Elegíamos a una italiana? ¿A una francesa?... No, caballeros, tras muchas discusiones nos decidimos por una actriz norteamericana que lleva diez años como brillante estrella del

firmamento cinematográfico, que ha ganado un Oscar, que ha sido propuesta otras dos veces para el máximo galardón de la Academia. Caballeros, me estoy refiriendo a la única, a la incomparable Martha Shanon.

Tras una pausa, aquel hombre que hablaba como un charlatán de feria, dijo:

—Anoche, en el hotel «Randolph» fue presentada la actriz en el transcurso de una fiesta de grato recuerdo para todos nosotros... Ayer tuvieron la oportunidad de entrevistarla, y hoy esperamos de ustedes que no se interfieran en su primer día de trabajo. Concederemos quince minutos para que saquen sus fotografías y luego abandonarán el estudio. Espero de todos la máxima colaboración... Eso es todo, caballeros.

—Eh, señor Gallagher, ¿cuánto tenemos que esperar a que aparezca Teodora, quiero decir Martha Shanon...?

—Saldrá muy pronto, Barrow.

—Es que estoy recordando la última producción de Martha Shanon, ya sabe, «Las lágrimas del valle»... El primer día de rodaje nos hizo esperar tres horas, y para colmo, sufrió un ataque de histerismo porque alguien le pisó la cola del vestido...

Las palabras del periodista llamado Barrow fueron acogidas con risas por sus compañeros.

Gallagher levantó las manos, mientras sonreía diplomáticamente.

—Caballeros, soy el jefe de producción de la película, y he tomado las medidas para que el rodaje de este film se realice en el tiempo previsto...

Barrow habló de nuevo:

—Señor Gallagher, que yo sepa, jamás Martha Shanon rodó una película en el tiempo previsto. Si usted lo consigue, establecerá un récord.

—Será un honor para mi pasar a la historia del cine aunque sólo sea por eso —repuso Gallagher con sentido del humor.

Se oyeron nuevas risas y Gallagher dijo:

—Caballeros, pueden comer y beber lo que quieran... Yo, mientras tanto, iré a visitar personalmente a Martha Shanon para anunciarle que ustedes esperan.

Gallagher se apartó sonriente de los periodistas y, al llegar junto

a Jim, lo cogió del brazo.

—Lo he estado esperando... ¿Dónde infiernos se metió?

—Estuve por ahí —contestó Jim, aunque pensó que Gallagher lo estaba confundiendo con otra persona.

—Se ha recibido un nuevo anónimo.

—No me diga.

—Venga conmigo y se lo enseñaré.

Salieron del bar, y una vez en el corredor, Gallagher sacó un papel que alargó a Jim. Éste lo tomó y leyó su contenido que estaba hecho con letras recortadas de un diario. Decía así:

«Tu muerte está cada vez más cerca, querida Martha».

CAPÍTULO II

—¿Y su jefe? —preguntó Gallagher.

—Donde debe estar —contestó Jim, que poseía una gran rapidez mental.

—Tengo que hablar inmediatamente con él.

—Me parece bien.

Gallagher arrugó el ceño.

—¿Sólo tiene que decir eso?

—¿Qué quiere que diga, señor Gallagher?...

Gallagher sacó un pañuelo con el que se enjugó el sudor de la cara.

—¿Cuál es su nombre?

Jim decidió decirle el verdadero:

—Becket. Jim Becket.

—Jim, éste es el segundo anónimo. Ya sé que su jefe no le dio importancia, pero para nosotros sí la tiene. Martha Shanon tiene los nervios destrozados. Si esos periodistas supiesen lo que está pasando, podría ser la ruina de nuestra película antes de comenzarla. —Y como habrá visto, este segundo anónimo es más definitivo que el primero.

—¿Usted cree?

—Recuerde lo que decía el primero, Becket: «Despídete de la vida, querida».

—Sí, señor Gallagher —contestó Jim, que ahora se enteraba de la existencia de los dos anónimos contra la famosa actriz.

—¿No le sugiere que este segundo anónimo es más amenazador, puesto que habla de una muerte que se aproxima cada vez más?

—Indudablemente, usted da la explicación exacta.

—No perdamos el tiempo, Becket. Venga conmigo.

Jim se dijo que se estaba metiendo en un lío, pero, tal como estaban las cosas, prefirió seguir representando el papel que

Gallagher por error le había confiado. ¿No era después de todo aquello el cine?

Gallagher saludó a varias personas antes de llegar a una puerta en la que se leía: «Señorita Shanon».

Llamó con los nudillos y una voz femenina le autorizó la entrada.

Jim conocía a Martha Shanon por haberla visto en un par de películas. Ahora se dijo que, en la realidad, era mucho más hermosa, aunque el vestido hacía mucho, ya que se cubría con un modelo de la emperatriz de Oriente del siglo IV, muy siglo XX, el cual dejaba al descubierto mucho de sus encantos, un gran trozo de pierna, y a ello se agregaba el rostro de la actriz, de bellos ojos negros, que habían sido orlados con unas atractivas pestañas postizas.

La actriz estaba en manos de dos peluqueros y de una manicura.

También estaba allí el director de la película, Flip Mulligan, que había recibido dos Oscar de la Academia y que estaba ya por los sesenta años de edad. Jim también lo conocía por haberlo visto fotografiado en los diarios y en las revistas de cine.

Mulligan decía:

—Martha, hoy sólo haremos unos planos medios. Quiero que estés serena porque no van a servir.

—¿Por qué no van a servir?

—Cariño, vamos a tener en los estudios a la Prensa. La sesión está dedicada única y exclusivamente a ellos. Emplearemos el resto del día cambiando impresiones acerca de algunas escenas que hemos de tomar mañana... Te visitaré luego en tu casa...

Gallagher carraspeó.

—¿Qué te pasa, Gallagher? —dijo Martha—. Si tienes tos, traga pastillas.

—Quiero hablarte sobre el asunto de tu hermano Fred.

Mulligan se levantó.

—Te espero en el plato, Martha. Y por favor, no te demores demasiado. Ya sabes cómo son los periodistas.

—No quiero exigencias, Flip.

—No se trata de exigencias, querida. Quiero que las cosas marchen bien desde el principio.

—¡Este peinado está horrible! —exclamó Martha mirándose al

espejo—. Tendrán que volver a empezar. No querrán que salga ante los fotógrafos con esta estúpida melena. Sería el hazmerreír del mundo. Ya sé el pie que pondrían en la foto. Teodora, «La Greñas».

—Martha —dijo el director con los puños cerrados—, ese peinado es precisamente el que se eligió en los bocetos. Tú lo aprobaste. Estás maravillosa.

Gallagher intervino:

—Flip tiene razón, Martha, Estás más bella que en cualquier otro momento de tu carrera artística...

—Sólo lo decís por conformarme. ¿Qué dice usted? —Se estaba refiriendo a Jim.

—El peinado me parece perfecto, pero falta algo...

Todos, excepto Martha, lo miraron como si fuese un saboteador que hubiese ido allí a colocar una bomba.

—Diga, señor... —murmuró la actriz interesada.

—Becket. Jim Becket.

—¿Qué es lo que encuentra de malo en el peinado, señor Becket?

—El flequillo.

—¿El flequillo?

—Sí, yo no lo haría completamente espeso, sino con algunos espacios, ya sabe, mechón y mechón.

Martha se dirigió al peluquero de más edad:

—Hágalo así, Milo.

El peluquero llamado Milo esparció el flequillo con unos toques.

Martha se miró en el espejo.

—¡Sensacional! ¿Qué te parece, Flip?

—Sí, creo que está mejor —aceptó el director de mala gana.

—¿Y a quién le debo eso? —dijo ella—. No al director ni al jefe de producción, sino a un tal Becket... A propósito, ¿quién es?

—Un amigo que traje —contestó Gallagher—. El conoce también a tu hermano Fred.

La joven asintió.

—Que se quede.

El director salió del camerino y a continuación lo hicieron los dos peluqueros y la manicura.

Entonces Gallagher dijo:

—Martha, el señor Becket es uno de los detectives de la agencia

Middlett que se ocupa del caso...

—Señor Becket, ya le habrá dicho Gallagher que encontré el segundo anónimo aquí mismo, en mi camerino.

—¿Dónde concretamente, señorita Shanon? —preguntó Jim.

—Aquí. —Martha Shanon abrió un cajón del tocador.

—Martha, no tiene ninguna importancia —dijo el jefe de producción.

—Es mi vida la que está en juego, Gallagher y no la tuya.

—No está en juego tu vida, Martha. Ya oíste al propio señor Middlett, el jefe de la agencia de detectives. Sólo se trata de alguien que quiere arruinar nuestra película. ¿De qué forma conseguirlo? Es la mar de sencillo, sacando de sus casillas a nuestra primera actriz. El plan es tan burdo que no debes conceder la menor importancia a los anónimos...

—Me odian, Gallagher.

—¿Quiénes?

—Mucha gente, centenares, miles de personas. He llegado a la cumbre por mi propio esfuerzo y la mayor parte de los que se consideran mis amigos desean con todas sus fuerzas que caiga y me haga pedazos... ¡Así quieren verme!... ¡Convertida en trozos! ¡Y si no caben en un pañuelo mejor todavía!...

—Son suposiciones tuyas, Martha. Eres la actriz más admirada de Hollywood.

—Pero también la más envidiada.

—Eso es lógico, pero no se debe confundir la envidia con el odio.

—¿Y qué me dices de mis compañeras? ¿Se limitan a envidiarme?... Van a trabajar conmigo, en mi propia película, y me odian a muerte.

—No, Martha, no tienes derecho a decir eso. Eres injusta.

—¿Con quién soy injusta? ¿Quizá con Selena March?... Tú eres un hombre y no sabes cómo mira una mujer. Anoche, durante la fiesta en el hotel, Selena me habría fulminado con sus ojos de haber podido. Sí, me habría reducido a un montón de ceniza... ¿Y qué me dices de Rita Raymond? Esa pelirroja daría cualquier cosa por ponerse de luto para asistir a mi funeral...

—Voy a admitir que te envidian por tus éxitos, pero de eso a matar...

—Me matarían si pudiesen.

—No, Martha, no. Nadie se convierte en asesino simplemente por celos artísticos.

—¿Opina usted lo mismo, señor Becket?

—No, no opino lo mismo.

—¿Lo ves, Gallagher?

El jefe de producción se dirigió a Jim:

—Becket, ¿qué tontería está diciendo?

—La señorita me preguntó y yo contesté.

—Pues debería pensar mejor sus respuestas. ¿Qué quiere?
¿Llenarla de pánico?

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Gallagher.

—Sam Middlett.

—Adelante, señor Middlett.

Jim sintió un escalofrío por la espalda al ver a Middlett. Aquél era su supuesto jefe, un tipo gordito, de cara redonda, y bigote recortado. Aprovechó que la puerta estaba abierta.

—Esperaré fuera.

—Quédese, Becket —dijo Martha—. Usted ha ganado mi confianza.

Middlett ya había cerrado la puerta y sonrió a la actriz.

—Buenos días, señorita Shanon. Está usted más bella que ayer.

—Pero lo estaré menos que mañana, porque, si ustedes no lo remedian, me van a meter en un ataúd.

—Ya le he dicho cuál es mi opinión con respecto a ese anónimo.

—Hubo otro, señor Middlett. ¿Es que no lo leyó todavía?

—¿Otro?

Gallagher se lo entregó y, mientras Middlett lo leía, Jim dijo:

—Me daré una vuelta por ahí fuera.

—¡Quédese, señor Becket! —repitió Martha—. Quiero pedirle a su jefe que lo encargue de mi custodia personal.

Middlett miró a Jim Becket y se quedó con la boca abierta.

—Eh, ¿quién es este tipo? —rezongó.

—¿Qué dice, señor Middlett? —repuso el jefe de producción—. ¿No es uno de sus detectives?

—¿De qué está hablando, Gallagher?... ¡Ahora aprendo! ¡Es el de los anónimos, el asesino!...

Middlett sacó con mucha rapidez una pistola y apuntó a Jim.

—Ya te tengo, amiguito... Señorita Shanon, puede felicitarme...
Atrapé al criminal.

CAPÍTULO III

—Baje esa pistola, señor Middlett —dijo Jim—. No tengo nada que ver con la pieza que debe cobrar.

—Conque no, ¿eh?... Eso lo contará en la comisaría de policía.

Martha Shanon intervino:

—Pero ¿qué significa esto?

—Señorita Shanon, ya se lo he dicho —contestó Middlett—. Este sujeto no trabaja para mí y el hecho de que se haya hecho pasar por uno de mis hombres, deja bien claras las cosas...

Gallagher proyectó el maxilar hacia delante y levantó el puño.

—Becket, lo voy a convertir en una piltrafa.

Lanzó el puño contra Jim, pero éste lo burló con un quiebro y aprovechó el viaje de Gallagher para empujarlo sobre el gordito Middlett.

Gallagher y Middlett se derrumbaron en el suelo y Jim sólo tuvo que agacharse y coger la pistola que había quedado libre.

Martha Shanon agrandó los ojos cuando vio a Jim Becket con el arma.

—¡No!... ¡No!... ¡No lo haga! —gritó la actriz empavorecida.

—No se preocupe, señorita Shanon. No tengo nada contra usted.

—Entiendo. Alguien le pagó para que me matase.

—Tampoco, señorita Shanon.

—Pero el señor Middlett ha dicho...

—Sí, que yo no soy uno de sus empleados y tiene razón... Verá, mi historia es muy corta. Vine a los estudios acompañando a mi amigo Nat Markins, que fue contratado como extra. Decidí esperar en el bar a Nat, y entonces el señor Gallagher me confundió con un detective y me habló de cierto anónimo...

Gallagher exclamó:

—¡Usted lleva una rosa roja en la solapa!

—Me gustan las rosas rojas en la solapa.

—Era la contraseña. Los detectives de Middlett debían llevar una rosa roja en la solapa...

—Ahora todo queda explicado, señorita Shanon —sonrió Jim.

—Un momento, Becket —dijo Gallagher—. ¿Por qué no me desmintió cuando lo confundí con un detective?

—Porque ganó mi interés. Soy un admirador de la señorita Shanon y, según el anónimo, podía estar en peligro de muerte. Decidí seguir adelante en el asunto por si podía hacer algo por ella... Eso es todo... Ahí tiene su pistola. Middlett... Buena suerte, señorita Shanon.

Jim arrojó el arma a los pies de Middlett y se dispuso a salir.

—Eh, un momento —dijo Martha.

—¿Sí, señorita Shanon?

—Queda contratado.

Middlett gritó:

—¿Por qué, señorita Shanon? Ya oyó a este hombre. Fue todo, una confusión. No es un detective...

—No lo es, pero acaba de probar algo importante. Usted lo apuntó con un arma y Gallagher trató de golpearle y se libró de los dos. Se hizo dueño de la situación en unos instantes... Señor Middlett, usted continuará prestando los servicios por cuenta del estudio, que fue quien lo contrató, pero yo soy libre de adoptar las medidas necesarias para mi seguridad, y por tanto contrato al señor Becket.

—¡Protesto, señorita Shanon!

—¿Por qué protesta? ¿Es que no ha quedado bien claro lo que he dicho?

—El señor Becket puede interferir nuestro trabajo.

—¿Qué tontería está diciendo? ¿Por qué va a interferirlo? El trabajo de usted y el de sus detectives se puede completar con el de Jim Becket. Y le advierto que, si me dan a elegir, me quedaré con el señor Becket.

—Está bien, señorita Shanon. Retiro lo dicho. Puede usted contratar al señor Becket. Pero sigo pensando que comete un error.

Middlett salió del camerino pegando un portazo.

Gallagher exhaló el aire de los pulmones.

—Martha, prometí a los periodistas que no te demorarías mucho.

—Iré enseguida. Adelántate tú.

—Como quieras.

Gallagher dirigió una mirada poco amistosa a Jim y salió del camerino.

Martha quedó a solas con Jim Becket y se puso en pie demostrando que era tan esbelta como en la pantalla.

—Me has devuelto la tranquilidad, Jim —lo tuteó.

—Lo celebro, señorita Shanon.

—Martha para ti.

—De acuerdo, Martha. ¿Quieres que hablemos un momento de esos anónimos?

—¿Para qué? Es aburrido... —repuso ella acercándose más a Jim.

Le puso una mano en el cuello, se puso de puntillas y lo besó en la boca.

Jim no hizo nada por aquel beso y ella, al separarse, dijo:

—Me gustaste en cuanto te vi entrar.

Jim carraspeó:

—A mí también me gustaste en cuanto te vi en el cine de mi barrio. Pero hablemos de esos anónimos... ¿Quién sospechas que te los ha enviado?

—Ha podido ser mucha gente. ¿No me oíste antes?

—Sí. Eres una mujer muy envidiada.

—Y odiada —agregó Martha.

—Nombraste a dos actrices que trabajan contigo en la película, a Selena March y a Rita Raymond...

—También están mis exesposos.

—¿Cuántos?

—¿Es que no lo sabes?

—Sé que estuviste una o dos veces casada, pero no lo recuerdo bien. No me gusta la chismografía.

—Tres veces, Jim, tres veces estuve casada.

—¿Ya te divorciaste también del último?

—Sí, y ahora estoy libre, completamente libre —dijo ella, y lo volvió a besar.

De repente, Jim se volvió y saltó, alejándose de Martha Shanon.

—Eh, ¿qué te pasa, Jim? ¿Es que no te gusto? ¿Por qué huyes?

Jim abrió la puerta de golpe.

Un hombre se precipitó en el interior del camerino, aunque no llegó a caer. Cuando hubo recuperado el equilibrio, se frotó las manos sobre las caderas. Frisaba en los cincuenta años y era alto, de mejillas chupadas y sienes hundidas.

Martha Shanon se echó a reír.

—¿Querías conocer a mis exesposos, Jim? Aquí tienes a uno, al primero, al gran Linder, y no creas que es Max Linder, el de las bañistas. Es Hugh Linder, agente artístico. El talento que me descubrió... ¿No se dice así, Hugh?

—¿Cómo estás, Martha?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Tirando.

—Y escuchando detrás de las puertas —agregó Jim.

—Eh, fulano, ¿quién es usted?

—Jim Becket.

—Entiendo. La próxima víctima, el esposo número cuatro.

Martha rió de nuevo.

—Eh, Hugh, ¿es que nos vas a ofrecer una escena de celos?

—No, querida. Eso ya pasó.

—¿Quieres decir que ya no estás enamorado de mí?

—Nunca estuve enamorado de ti.

—Mentira.

—Es algo que tú no puedes comprender. Has de tener al mundo entero a tus pies... De todas formas, sólo vine a desearte mucho éxito.

—Ésa es otra mentira. Tú deseas que yo fracase.

—¿Y qué iba a ganar yo con ello?

—Sería tu desquite.

—Te portaste mal conmigo, Martha. Pero las demás mujeres hubiesen hecho lo mismo.

—¿Sabes a lo que se refiere, Jim? —dijo ella sin perder la sonrisa.

—No, no lo sé.

—Hugh Linder fue el primero, el que me descubrió. Yo era casi una niña y él era un agente artístico con más conchas que un galápago... Me hizo cantar y bailar en su despacho... ¿Recuerdas aquel día, Hugh?

—¿Crees que lo he podido olvidar?

—Jim, ¿sabes lo que dijo Hugh al verme? Que yo sería una primera figura. Y acertó. Me presentó en un teatrillo de variedades. Era un local horrible, espantoso...

—Sólo estuviste allí un par de semanas —repuso Hugh—. El tiempo necesario para que te soltases sobre un escenario.

—Ya había actuado en los escenarios.

—Oh, sí, en teatros de aficionados, pero nunca en uno profesional. Además, quería impresionar a Ballinger, el del *show* de TV. Trabajar con Ballinger significaba tu lanzamiento a gran escala, y yo lo conseguí. En cuanto pasaron unos días, me llevé a Ballinger al teatrillo para que te viese. Ballinger no estaba muy convencido al principio, pero supe colocarle las palabras justas... Y quince días más tarde intervenías en el *show* de Ballinger y te vieron más de cien millones de espectadores. ¿Lo ha oído, Jim?... ¡Un mes conmigo y ella logró meter la cabeza en el *show* de Ballinger! A partir de entonces, continuamos a lo grande. Naturalmente, ella recibía pocas ganancias. Tuve que invertir mucho dinero en vestuario, en propaganda.

—Olvidas lo más importante, Hugh —repuso Martha—. También hiciste un gasto extra para casarte conmigo.

—Eso fue lo más barato.

Los ojos de Martha centellearon porque en aquellas palabras de Linder había mucho sarcasmo.

El agente artístico prosiguió:

—Y al cabo de un año te metí en Broadway y fue tu triunfo definitivo, a pesar de que aquella comedia musical no valía un pimiento...

—Admites que yo era la estrella, el único espectáculo... —rió Martha, muy excitada por los recuerdos.

—El mérito fue mío por meterte en Broadway, y probé que no estaba equivocado. Al día siguiente del estreno y, a pesar de las críticas adversas, los de Hollywood vinieron a buscarte. Cinco contratos tuve ante mis ojos y yo firmé el que más nos convenía... La comedia duró poco, pero eso fue una suerte porque nos pudimos venir aquí... —hizo una pausa—. Querida, estamos aburriendo a Jim.

—De ninguna manera —contestó Becket—. Todo eso que cuentan es muy interesante. Continúe, Hugh.

—Ya hay muy poco que contar. Hemos llegado al final de la historia, ¿verdad, Martha?... Primera película, primer triunfo sensacional en la pantalla y primer esposo liquidado...

—Tú saliste bien de la aventura conyugal.

—¿Tú crees?

—Los estudios compraron tu contrato conmigo y les sacaste una buena tajada... Cien mil dólares... ¿Lo has oído, Jim? ¡Cien mil dólares!... ¿Con qué otra representada has ganado eso, Hugh?

—¡Yo te saqué de la nada!

—¡Pasen, damas y caballeros, y vean al nuevo Svengali!... ¿O debo decir Roger Vadim, el creador de actrices?... ¿Sabes una cosa, Jim? Yo fui el único buen negocio de su vida... ¿Por qué desde entonces no has creado a otra Martha Shanon, Roger Vadim?... ¿Qué pasó? ¿Es que empezó a fallarte la vista? ¿Y a cuántas Martha Shanon te habías sacado de la manga antes de conocerme a mí? ¡No, Hugh, tú no eres un Roger Vadim, ni un Svengali! Sólo eres un creador de tres al cuarto, con la suerte de cara el día que se me ocurrió dejarme caer por tu cochina oficina...

—¿Ya has terminado de insultarme?

—Sí.

—Pues, muérete —dijo Hugh Linder, y fue a salir del camerino.

—Un momento, Hugh —dijo Jim.

—¿Qué quiere, próxima víctima?

—Se está equivocando, Hugh, yo sólo estoy aquí para cuidar de la vida de Martha Shanon... Ha sido amenazada por dos anónimos.

—¿Eh?

—¿No sabe nada al respecto?

—No sé de qué me está hablando... —Miró a Martha y se echó a reír—. De modo que alguien quiere cortar tu bonito pescuezo...

—No dicen cómo lo harán —habló Jim—. ¿Usted elegiría el cuchillo, Hugh?

—Lo he pensado muchas veces.

—Gracias por su sinceridad.

—Pero llegué a la conclusión de que sería muy malo como asesino. Me atraparían enseguida. De modo que abandoné la idea. Además, el tiempo lo cura todo. Ya hace mucho que ocurrió esa historia que acabo de contar. Exactamente quince años, y con eso quiero decirle que Martha no es ninguna chiquilla, a pesar de sus

biógrafos...

—Sólo tengo treinta años.

—¿Viniste a mi oficina con quince? —rió Hugh—. No, cariño, entonces ya tenías veintidós, aunque admito que aparentabas menos, porque sabías hacerte la ingenua con los hombres, especialmente con el público... Y eso nunca lo has olvidado.

—Lárgate ya.

—Quiero verte en las primeras escenas de «Teodora, emperatriz de Bizancio». Según creen, será el mayor éxito de tu vida artística, pero yo pienso otra cosa.

—¿Qué es lo que piensas tú?

—Que será lo último que hagas —sonrió a Jim—. No crea que es una amenaza, como esos anónimos... Verá, amigo, es un tremendo error hacer interpretar a Martha el papel de la emperatriz Teodora por mucho lujo y color que le echen. Lo de Martha es otra cosa, pero no hace falta que yo lo explique porque perdería mi tiempo... Hasta luego, Martha... Celebro conocerle.

Jim, y le acompaño en el sentimiento si llega a caer en las redes de la «Viuda Negra».

—¡Puerco! —exclamó Martha, y atrapó un jarrón.

Pero Hugh ya había salido, y Martha dejó el jarrón en el tocador.

Hizo rechinar los dientes.

—Tranquilízate, Martha —dijo Becket.

—¿Cómo quieres que me tranquilice después de lo que acabo de oír?... ¿Sabes lo que hizo Hugh durante los tres años que me tuvo con él? ¡Exprimirme como a un limón, sacarme hasta la última gota!... Cuando se separó de mí, yo no tenía un centavo porque todo se lo había llevado él... Había estado tres años trabajando, viajando de un lado a otro, porque él no quería que descansase ni un segundo... ¿Cómo iba a descansar si yo le proporcionaba un río de dólares?... Televisión, teatro, clubs nocturnos... Firmaba todo lo que le ponían ante sus narices con tal de ganar dinero... Me repetía una y otra vez: «Tú eres joven, Martha, y ahora estás en la edad para que todo el mundo te conozca»... Ésa era su coartada... No sé cómo no acabó conmigo... Preguntaste antes por mis sospechosos. Muy bien, ya conoces a uno de ellos.

—Hace muchos años que Hugh y tú terminasteis. Ha tenido

mucho tiempo para matarte y no lo ha hecho.

—Quizá porque su resentimiento no había llegado al punto culminante. Nunca ha estado presente en el comienzo de mis películas. ¿Por qué vino para «Teodora»? ¿Por qué me echa en cara ahora que gracias a él llegue a ser una estrella?... ¡Te lo digo yo, Jim! Ya no hay que buscar al autor de los anónimos. ¡Es Hugh Linder!

—Suponiendo que sea él, no tienes que preocuparte. No dejaré que te la juegue.

Llamaron a la puerta y asomó la cabeza Gallagher.

—Eh, Martha, ¿qué haces ahí?... Están todos en el estudio. Un poco más y aquello va a explotar.

—¡Que exploten!

—Martha, no puedes hacer eso. Recuerda los millones que se van a invertir. Nunca los estudios Petromix han hecho un esfuerzo tan colosal. ¿Y para qué va a ser todo eso? ¡Para Martha Shanon!...

En aquel momento sonó el teléfono que había sobre el tocador. Martha cogió el auricular.

—¿Sí?... Ah, hola... No comprendo... Bueno, eso es algo a lo que no puedo contestar ahora... Más tarde —colgó, y dijo mirando a Gallagher—: Uno de esos pesados periodistas.

Se apartó del tocador y levantó la barbilla.

—Está bien. Vamos, Jim.

Salió del camerino y caminó majestuosamente, como lo hubiese hecho la auténtica emperatriz de Bizancio.

CAPÍTULO IV

Jim descubrió a Nat. Estaba cubierto sucintamente con unas pieles. Dejaba sus enormes piernas y brazos al descubierto y sobre su cabeza mostraba un casco con dos cuernos.

Martha Shanon estaba siendo fotografiada por una nube de periodistas.

Jim acudió al lado de su amigo.

—Hola, vikingo.

—Eh, Jim, no soy un vikingo.

—¿Y qué eres?

—Un tipo del Asia. Le dije al fulano del vestuario que los cuernos se los pusiese él, pero dijo que o me los ponía yo o me largaba... No tuve más remedio que aceptar... ¡Eh, señor Spencer!

El ayudante del jefe de producción se le acercó.

—Hola, Nat. Estás muy bien. Como yo suponía.

—Si me llega a decir en el bar que era para esto, yo no habría aceptado el papel.

—Muchos buenos actores empezaron como tú.

—¿Con cuernos? Yo creía que eso venía después.

Zachary Spencer soltó una risotada.

—Fue un buen chiste, Nat... —Miró a Becket—. Usted no necesita que nadie lo proteja. Ya he sido informado de que se convirtió en el guardia de corps de Martha Shanon.

—¿Quién se lo dijo?

—Gallagher, y tuve que soportar una bronca por dejarlo entrar.

—Usted no me dejó entrar, Spencer. Fui yo el que llegó hasta aquí por mis propios medios.

—Pero yo lo descubrí y pude echarlo a la calle. Recuérdelo, por si llega a convertirse en alguien importante en los estudios.

—No tengo ninguna especialidad. No soy actor, ni director, ni jefe de producción...

—Oiga, Jim, llevo muchos años en Hollywood, y he visto cosas muy extrañas. Una vez llegó un tipo repartiendo leche. ¿Y qué cree que es hoy? El actor que acaba de ganar el último Oscar. Otra vez, una mujer llegó desde la calle para protestar porque un auto del estudio le había manchado la falda de barro. Y yo le diré quién es hoy... La actriz más cotizada en el cine cómico americano... ¿Quiere que siga?

—Demonios —intervino Nat—, si yo empiezo como actor, ¿hasta dónde puedo llegar?

Zachary no le pudo contestar porque en aquel momento estalló un escándalo en el lugar donde Martha estaba siendo fotografiada.

La actriz, con su vestido de Teodora, estaba tendida en un diván, y un hombre se había abierto paso por entre los fotógrafos y estaba señalándola con la mano mientras gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mírenla!... Ahora va a representar el papel justo de su vida... ¿Y saben por qué?... Teodora, antes de ser, emperatriz de Bizancio, fue una bailarina, y eso ha sido Martha Shanon: bailarina.

El que gritaba de aquella forma era un hombre alto, bien parecido, de pelo rubio.

Gallagher saltó sobre él para atraparlo por el cuello, pero el rubio le pegó un puñetazo lanzándolo sobre el diván donde estaba Martha.

La actriz recibió a Gallagher con los pies por delante para evitar que la estropease.

La confusión era enorme. Los fotógrafos disparaban sus *flashes* una y otra vez, en medio de gritos y carcajadas.

El director Flip Mulligan se cogía la cabeza con las manos, los ojos cerrados, mientras exclamaba:

—Pongan orden. ¡Pongan orden!...

Jim ya estaba al lado del rubio. Éste le tiró el puño a la cara, pero Becket lo burló y respondió con un izquierdazo al mentón.

El rubio se desplomó.

Los fotógrafos estaban ahora sobre Jim y su contrincante, que todavía no había perdido el conocimiento. Trató de levantarse, pero Jim lo volvió a golpear.

Martha Shanon era víctima de un ataque de histerismo.

—¡Sáquenme de aquí!... ¡Sáquenme!...

Se refería a que su vestido se había enganchado en los pies de Gallagher y, cada vez que trataba de levantarse del sofá, se caía.

Gallagher logró desenredarse, tomó a la joven del brazo y se la llevó del plato.

Jim Becket atrapó por las solapas al rubio y le levantó de un tirón. Se dio cuenta de que aquel hombre olía a *whisky*.

Dos policías del estudio se hicieron cargo del rubio y apartaron a Jim.

El director se unió al grupo y señaló al rubio que ya apenas se movía.

—Dady, esto que acabas de hacer es tu ruina como actor. ¡No volverás a trabajar en Hollywood en toda tu vida!

—¡Váyase al infierno, Mulligan! —repuso el llamado Dady.

—¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué?

Dady se dirigió a uno de los periodistas.

—Anda, díselo, Leslie.

Era Leslie Cumming, un famoso columnista cinematográfico.

—Dady me ha contado sus memorias, Mulligan.

—¿Cuándo?

—Durante la noche pasada.

—¿Y qué pasa con esas memorias, Leslie? —Ladró el director.

—Los estudios Petromix sugirieron a Dady Snaker que debía casarse con Martha como una obligación.

—Eh, Leslie, usted no puede creer eso. Dady y Martha se casaron hace diez años porque estaban enamorados.

—Dady Snaker dice que no hubo nada de eso, que fue una imposición de los estudios. Dady estaba entonces muy alto, pero Martha no era nadie... Y fue una buena jugada, ya que Martha y Dady se convirtieron en la pareja ideal del hogar americano. Sus comedias hicieron ganar millones a los estudios. Así, vista a distancia, la historia de Dady parece razonable... Y cuando se terminó aquella racha de comedias, los estudios decidieron prescindir de Dady.

—Dady prescindió de sí mismo. ¿Y sabe por qué? Por la marihuana... Caballeros —se dirigió a los demás periodistas—, nunca en mi vida profesional me había ocurrido esto con los muchachos de la Prensa, que tuviese que sacar a relucir los trapos sucios de dos grandes estrellas. Pero, al fin y al cabo, no estoy

diciendo ningún secreto. Todo el mundo sabe que Dady Snaker tuvo que sufrir una condena por el uso de estupefacientes. Después de eso no volvió a protagonizar una película de la Petromix porque los estudios rescindieron su contrato. Es cierto que Dady trabajó en otros estudios. Pero ¿cuál fue el resultado? Nulo, porque Dady estaba acabado.

—¡Vosotros acabasteis conmigo, cerdos! —gritó Dady Snaker.

Trató de desasirse de los policías, pero estaba demasiado borracho para conseguirlo, y los dos tipos que lo sujetaban eran muy fuertes.

—¡Sáquenlo de aquí y déjenlo en la calle! —ordenó Mulligan.

Los dos policías se llevaron a rastras a Dady Snaker, mientras los fotógrafos seguían sacando fotografías.

En aquel instante se oyó un tremendo golpe, acompañado por chillidos femeninos.

Jim echó a correr hacia el camerino de Martha Shanon, pero se detuvo a medio camino. Martha estaba pegada a la pared, protegida por Gallagher. Delante de los dos había un enorme saco.

A la derecha estaba Hugh Linder.

Martha vio a Jim y chilló señalando arriba:

—¡Cayó de ahí! ¡Falló por menos de dos palmos! ¡Jim, lo han soltado contra mí! ¡Querían matarme!...

—¿Por dónde se sube, Gallagher?

—Por la escalerilla de la derecha.

Jim corrió hacia aquel lado y subió una escalera de hierro. Desde arriba vio cómo los periodistas llegaban al lugar en donde se encontraban Martha Shanon y Gallagher.

El estudio se había convertido en una jaula de locos, pero conforme iba subiendo, las voces se hacían más huecas.

En un momento determinado, desapareció la luz de los focos y se encontró sumergido en la penumbra. Se detuvo para recuperar el resuello y para mirar a su alrededor.

A lo lejos todo estaba oscuro porque los focos quedaban mucho más abajo.

De pronto creyó ver algo que se movía al fondo.

—Eh, usted, ¿quién es? Será mejor que salga de ahí.

No le contestaron.

Había una escalerilla horizontal. Jim nunca había sido

funambulista, pero tendría que pasar por allí para llegar a la otra parte.

Emprendió el camino, pero cuando estaba en la mitad, vio que algo se movía hacia él, uno de aquellos grandes sacos, contrapesos de los decorados, que colgaba de una cuerda.

Sólo tuvo tiempo para dejarse caer sobre la escalera, pero continuó allí porque aquel enorme peso regresó en un movimiento pendular. Luego gateó muy aprisa y el saco continuó gravitando a un lado y a otro.

Su vista había sido buena. El asesino que había intentado matar a Martha y también a él estaba allí. Pero al llegar al lugar sospechoso no vio a nadie.

Oyó un ruido a su espalda y se volvió rápidamente.

Un hombre se abalanzaba sobre él manejando un gran trozo de hierro.

Jim se hizo a un lado.

La barra de hierro chocó contra el suelo sacando astillas del tablón.

—¿Es que se ha vuelto loco? —gritó Jim.

El tipo era alto, fuerte, y sus ojos destellaban intensamente.

—Entréguese, amigo —dijo Jim.

El fulano manejó otra vez la barra y rió enseñando unos dientes muy apretados.

—Vas a ir a parar ahí abajo. Yo que ti me tiraría de cabeza.

Jim le sonrió también con los dientes apretados.

—Jugaste y perdiste, muchacho. Será mejor que te entregues. No puedes escapar. Los policías del estudio están ahí abajo...

—Hace falta que me atrapéis... Tú no serás el que lo consiga.

—Escucha, compañero, tu intento de asesinato no resultó. La señorita Shanon se encuentra perfectamente. El saco no le dio. Tienes mala puntería... Con eso quiero decir que puedes entregarte porque la pena que te impongan será leve. Quedará en un intento de homicidio.

—Ahí tienes mi respuesta —dijo el tipo, y saltó sobre Jim descargándole la barra.

Becket estaba preparado para aquel momento y salió a su encuentro echándose a rodar. Golpeó contra las piernas del asesino, el cual perdió el equilibrio y dio una voltereta.

Jim oyó un aullido y, al mirar a su espalda, vio cómo el tipo se precipitaba en el vacío porque se había escurrido entre dos barras de la pasarela.

Siguió oyéndose el aullido y luego un golpe sordo.

Jim se asomó por la pasarela y vio al fondo, quieto, el cuerpo contrahecho del tipo que lo había intentado asesinar.

Bajó rápidamente por la escalerilla y al llegar al suelo tuvo que abrirse paso por entre el enjambre de fotógrafos.

Un hombre estaba agachado sobre la víctima. Tenía un maletín a su lado. Levantó la cabeza y dijo:

—Está muerto.

Gallagher, el jefe de producción, se pasó una mano por el cabello.

—Era Franz Turk, un técnico de luminotecnia, pero no comprendo... ¿Por qué, Martha?

Martha Shanon estaba muy pálida.

—Yo apenas lo conocía, Gallagher. Sólo sé que trabajaba en el estudio, pero nunca cambié más de un saludo con él.

Jim tomó a la joven del brazo.

—Creo que necesitas un descanso.

—Sí, Jim.

Los fotógrafos se interpusieron en su camino.

—Eh, señorita Shanon —dijo uno de ellos—. ¿Está segura de que entre ese hombre y usted no había algo?

Jim pegó un empujón al tipo.

—Vaya al basurero y trate de encontrar allí algo.

Otros policías del estudio, bajo la dirección de Gallagher, establecieron un cordón ante Martha para impedir que los periodistas llegasen a ella.

De esa forma, la actriz y Jim pudieron entrar en el camerino sin encontrar más obstáculo.

Martha se dejó caer en un sillón.

—Debo estar horrible —dijo.

—Mujer al fin —le sonrió Jim.

—Fue espantoso. ¿Por qué tuvo que esperar *Dandy Snaker* a que llegase este día?... ¿Por qué también se le ocurrió venir a Hugh Linder?... ¿Lo viste, Jim? Mi primer y segundo esposo se pusieron, de acuerdo para arruinar el primer golpe de manivela en el plato de

«Teodora».

—Ya sólo falta el tercer esposo.

—Aquí me tienen —dijo una voz que no era la de Jim.

Martha dio un grito.

Del armario de enfrente, entre dos vestidos, se dejó ver la cara de un hombre.

CAPÍTULO V

Jim corrió hacia el vestuario con los puños cerrados, listo para entrar en acción. Pero el hombre que había allí dentro, un tipo muy guapo, salió sonriendo y dijo con jovialidad:

—¿Cómo estás, Martha?

La actriz estaba tan pálida como una muerta.

—¿Por qué te escondiste ahí?

—¿Es que no me conoces?... Quise gastarte una de mis bromas.

—No me gustan tus bromas.

—Siempre te gustaron.

—Eso fue hace un millón de años.

—Eh, nena, serías entonces una momia y yo te encuentro más hermosa que nunca.

—Jim —dijo Martha—, es Jeff Florent, mi tercer marido, un *play-boy*.

—Cariño, celebro que me llames *play-boy* y no parásito, como acostumbrabas a llamarme los últimos meses de nuestro matrimonio... ¿Qué tal, Jim?

—Quiero registrarlo, Jeff.

—¿Por qué?

—Porque yo no acepto eso de que trataba de gastarle una broma.

—Entiendo. Piensa encontrarme un arma encima. Yo vine aquí a matar a Martha. Tiene madera de detective... ¿Quién es usted? ¿Philo Vance? ¿O el tipo duro de Mickey Spillane?...

—Sólo soy el ciudadano Jim Becket, contratado por Martha para que no la maten.

—Martha, ¿es eso cierto? ¿Te quieren matar?

—Sí, y lo intentaron hace un momento.

—Dime quién, y le retuerzo el pescuezo con mis propias manos.

—Franz Turk —contestó Jim.

—¿Franz Turk? ¿Quién es?

—¿De veras no lo conoce, Jeff?

—¿Se supone que debo conocerlo?

—Es un técnico de luminotecnia.

—No tengo nada que ver con ese tipo, y si no me cree pregúnteselo a él.

—No se lo podemos preguntar a él porque está muerto.

—Vaya, parece que están pasando muchas cosas en el estudio. Oí jaleo afuera. Pero ahora lo comprendo si ese Franz Turk torció el cuello. ¿Por qué quiso matarte, Martha?

—Hemos llegado a la conclusión de que alguien le pagó —dijo Jim—. Y por ello, usted sigue quedando dentro del grupo de sospechosos.

—Magnífico —sonrió Jeff Florent.

—¿Por qué lo encuentra magnífico?

—Díselo tú, Martha.

—Siempre le ha gustado llamar la atención... A propósito, Jeff, ¿por qué estás aquí? La última vez que supe de ti estabas en las Bermudas, con tu viuda rica...

—¿Quién te dijo que estaba con *lady* Forrest?

—¿Olvidas que tenemos amigos comunes?

—Oh, sí, te refieres a esa actriz rival tuya, a Selena, la rubia platino. Coincidimos hace unas semanas en las Bermudas y le presenté a *lady* Forrest... —Jeff dio un suspiro—. Ya terminé con ella. Sus herederos hicieron todo lo posible para apartarme de su lado. Según ellos, yo era un peligro para sus libras esterlinas. Ya sabes, nena, temían que, con mi encanto, *lady* Forrest terminaría por casarse conmigo...

—Según Selena, *lady* Forrest tiene setenta años.

—Y yo sólo tengo veintiocho.

—Treinta y cinco, Jeff.

—Está bien. Treinta y cinco, pero no los aparento.

—De modo que no pudiste enamorar a *lady* Forrest.

—Cariño, parece mentira que dudes de mis cualidades. Tenía loquita a *lady* Forrest, pero los herederos no estaban dispuestos a consentir que yo entrase en la familia... Me atraparon entre cuatro y me pegaron una paliza. Y luego dicen que los ingleses son las personas más correctas del mundo. Eso fue antes, durante el

imperio. Desde que empezaron a perder colonias, se han vuelto tan salvajes como los demás... He pasado tres semanas en un hospital, Martha. Y no tuve más remedio que conformarme con la paliza porque me amenazaron con otra mucho más grande si volvía a ver a *lady* Forrest.

—Jeff, ¿no te da vergüenza contar esas cosas?

—¿Por qué, cariño, si es verdad? —rió Jeff Florent.

Martha también rió.

—¿Lo oyes, Jim? ¿Has visto a alguien parecido?

—Sí, conocí a algunos como Jeff, pero creo que este ejemplar se lleva todos los premios.

Florent hizo una reverencia.

—Gracias, Jim.

—Todavía no ha justificado su presencia aquí.

—Eh, Martha, alquilaste un buen sabueso.

—Sí, Jeff, soy un buen sabueso y de un momento a otro le voy a pegar un mordisco, a no ser que me diga la verdad.

—Está bien. Vine en busca de trabajo.

Martha hizo un gesto de estupor, seguido de una gran carcajada.

—¿Eh, Jim? ¿Ha dicho trabajo?

—Sí.

—¿Sabes tú lo que es eso, Jeff?

—Claro que no lo sé... No me he expresado bien... Me enteré de que ibas a hacer esa película, «Teodora, emperatriz de Bizancio», y necesitáis personal que os asesore.

—¿Tú, asesor de la película?

—¿No sabes que soy especialista en arte bizantino?

—No, no lo sabía.

—Bueno, hay muchas cosas que ignoras con respecto a mí, Martha. Por eso me retuviste tan poco tiempo como esposo... Eh, Jim, ahí tiene a una mujer que no supo lo que tenía... Anda, Martha, compárame con tus anteriores maridos. ¿Quién fue el mejor?

—Tú, sin lugar a dudas. La mejor prueba es que no me he vuelto a casar.

—Entonces, ¿me quieres decir por qué infiernos cometiste la injusticia de divorciarte de mí?

—Me aburrías, Jeff.

—¿Que yo te aburría?... Eh, Jim, ¿oyó eso? Sé más de trescientos chistes de loros, doscientos de viudas y centenares y centenares más. Bailo toda clase de piezas, desde el tango hasta lo último que hayan danzado en París, Tokio o en San Francisco... ¡Y me dice que soy aburrido!

—Tú acabas de decir el motivo, Jeff —repuso Martha.

—¿Cómo? No te entiendo.

—Siempre estás riendo, con tus bromas, con tus chistes... Una mujer necesita tener a su lado un hombre serio, alguien que le hable formalmente de amor... No, Jeff, yo no quería un payaso...

—Conque era eso para ti, un payaso.

—Sí, Jeff, aunque tú no necesitabas pintarte la cara para serlo.

—Gracias, emperatriz.

—Ahora ya lo sabes.

—Has sido muy gentil. Pero ¿por qué no lo dijiste entonces?... ¿Lo ha oído, Jim? Yo era un payaso. Pero ¿sabe lo que alegó ante el tribunal? Crueldad mental.

—¡Y era crueldad mental soportar todo el día tus gracias!...

—Está bien, Martha. Tienes razón. Pero eso pertenece al pasado. Ahora necesito tu ayuda.

—Lárgate.

—Te estoy pidiendo un simple nombramiento como asesor de la película.

—No es de mi incumbencia.

—¡Claro que es de tu incumbencia! Eres la actriz que va a interpretar el papel principal. Sin ti no hay película. Me conformaré con mil dólares al mes.

—Te has vuelto muy modesto. Con mil dólares al mes no tenías antes ni para pagar tus gastos de una semana.

—No te preocupes. Es para ir tirando.

—Oh, sí, buscarás otra viuda como *lady* Forrest...

—¿Te importa acaso? No significa nada para ti. Estamos divorciados... ¿Qué te importa que sea una viuda, una soltera, una anciana o una jovencita?

—No, Jeff, ya no vas a vivir a costa mía. Lo hiciste durante mucho tiempo.

—Sólo estuvimos casados dos años.

—Pero durante esos dos años me chupaste las venas como una

sanguijuela.

—¿Por qué no dices como un vampiro?

—Porque tengo educación.

—¿Lo ha oído, Jim? Tiene educación... ¿Sabe dónde nació? En una covacha donde sus padres criaban cerdos.

—¡Lárgate ya, Jeff! —gritó Martha.

—¿No me vas a ayudar?

—¡No!

Jeff levantó las manos crispadas y su bello rostro dibujó una mueca. Dio unos pasos hacia Martha, pero Jim le puso una mano en el pecho y lo empujó contra la pared.

—Quieto, Jeff.

—¿Por qué no sale, Jim?

—Oh, sí, yo salgo y usted la estrangula.

Martha rió.

—No, Jim, Jeff no me estrangularía. Trataría de hacerme el amor. El cree tener muy buenas condiciones para eso, pero no se da cuenta de que el tiempo pasa también para él. Eres un vívidor en declive, Jeff. Dijiste antes que tenías treinta y cinco años y que no se te notaban. ¡Pues representas lo menos cincuenta! ¡Sí, Jeff, pareces un anciano!...

Jeff tragó aire a bocanadas, dio media vuelta y salió del camerino.

—Martha, eso no estuvo nada bien —dijo Jim cuando Jeff hubo salido.

—¿Qué te pasa, Jim? ¿Estás en contra?

—Sí, estoy en contra porque hay cosas que no se deben decir.

—Yo digo la verdad.

—Ahora comprendo por qué te quieren matar.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído.

—Jim, tú no sabes nada de mí.

—Pero estoy sabiendo muchas cosas.

Martha Shanon se echó a llorar.

—Jim, eres injusto.

—Me largo.

Martha levantó la cara.

—¿Por qué, Jim?

—Primero, no soy detective. Segundo, lo que he presenciado me gusta muy poco... Tercero, tienes una agencia de detectives que se encarga de tu vigilancia, aparte de los policías del estudio. Cuarto, te deseo la mejor suerte en la película y para el resto de tu vida.

Jim echó a andar, pero Martha saltó como una pantera del sillón y se echó sobre él.

—¡Jim, no me abandones!

Lo había abrazado y ahora te besaba.

—¡Oh, Jim, te necesito! ¡Te necesito!

—Tú no necesitas a nadie, Martha.

—No te dejes influenciar por te que oigas. Estoy indefensa, desamparada...

—Tú estás tan desamparada como la esposa del presidente de los Estados Unidos...

—Todo lo que has visto de mí hasta ahora es pura fachada, puro teatro. Admito que he sido cruel con los tres hombres que fueron mis esposos... Pero cada uno quiso aprovecharse de mi a su manera... Me he vengado de ellos porque lo deseaba... Pero han sido palabras y palabras. Sólo palabras. ¿Les he hecho daño? Anda, contesta, Jim... Cada uno me exprimíó. Primero Hugh como agente artístico, luego Dady Snaker...

—Fuiste tú quien te aprovechaste de Dady Snaker.

—No es verdad... ¿Viste alguna, película de él antes de que trabajase conmigo?

—Sí.

—¿Y qué era? Sólo un hombre guapo, un tipo incapaz de manifestar una emoción en el rostro... Sólo era una buena percha. Todo ocurrió al revés de como él dijo... Yo fui quien lo levantó, quien lo llevó a la cumbre, quien lo convirtió en un actor taquillero... Yo, con mi picardía, y con mi encanto, y no me juzgues inmodesta. No lo digo yo, lo han dicho los periodistas, y lo que es mejor, millones de espectadores... Es cierto que el matrimonio nos fue impuesto por el estudio. Yo no quería a Dady y él tampoco me quería a mí. Pero yo le interesaba y se sintió muy satisfecho de que uniésemos nuestras vidas. Su sexto sentido le advirtió que, a mi lado, podría mantenerse en el lugar que había alcanzado... Y luego vino la separación, pero fue también decisión del estudio. Pensaron que yo trabajase en otro género. Se acabaron las comedias con

Dady, y me lanzaron en el drama. No había lugar para Dady en esas películas. El no tenía calidad artística... Rodé un par de películas con otras actrices, pero fue un fracaso económico. Dady se dedicó a la marihuana... Alternó con otras mujeres. Los estudios me aconsejaron que me separase o Dady me arrastraría en su caída... Tengo miedo, Jim, tengo miedo... Sé que no me mandan esos anónimos para atemorizarme... Me quieren matar, Jim... Por favor, ayúdame...

CAPÍTULO VI

—Está bien. Te ayudaré.

—Gracias, Jim, gracias.

Quiso besarla otra vez, pero él la apartó de su lado.

—¿Terminó ya la sesión en el plato?

—Sí.

—¿Adónde hay que ir ahora?

—A mi casa.

—Te esperaré fuera.

—No te vayas, Jim.

—No me iré.

—Promételo.

—Prometido.

Jim Becket salió del camerino. Una vez fuera, encendió un cigarrillo e inhaló fuertemente. Estaba arrepentido de haber aceptado el puesto de guardaespaldas de Martha Shanon. Aquella mujer tenía los nervios destrozados, pero eso era lógico en el mundo en que estaba sumergida. ¿Aquello era el cine? Al diablo con los estudios cinematográficos y con Hollywood. No envidiaba a nadie, ni al mejor actor, ni al mejor director, ni al tipo que hubiese conseguido el último Oscar de la Academia.

Nat llegó con sus cuernos por delante.

—Eh, Jira, recuérdame que embista a Zachary Spencer.

—¿Qué pasó?

—Me acaban de decir que no soltaré una palabra en esa película.

—No te preocupes. Es lo mejor que te puede ocurrir. Había oído hablar muy mal del mundo del cine, pero ignoraba que estuviese tan podrido...

—Eh, usted —se oyó una voz.

Nat se volvió bruscamente y estuvo a punto de dejar tuerto al director Mulligan. Éste dio un grito y retrocedió mientras se llevaba

una mano al ojo izquierdo.

—Pedazo de imbécil. ¿Por qué no se fija en lo que hace?

Nat levantó un puño como un melón.

—Eh, dire, no está en el plato para mandarme...

—¡Una palabra más y lo despido! —gritó Mulligan.

—¡Salga a la calle si es hombre! —dijo Nat.

Mulligan se dirigió a Becket:

—¿Es su amigo este búfalo?

—Sí, pero no es un búfalo.

—Quítelo de mi vista.

Nat fue a lanzarse contra Mulligan, pero Jim lo detuvo.

—Déjame, Jim. Sólo quiero pegarle un puñetazo.

—Con uno tendría bastante para no dirigir en los próximos seis meses, Nat.

Mulligan intervino:

—He venido a hablar con Martha.

—No puede hablar ahora. Se está vistiendo.

—Muy bien. Dígale que iré a su casa.

—De acuerdo, señor Mulligan.

El director de la superproducción se alejó muy aprisa.

—Eh, Jim, ¿por qué no me dejaste pegarle? —dijo Nat—. Después de todo, ya es hora de que ese tipo vea las estrellas de verdad.

—Será mejor que te cambies y regreses al hotel, Nat.

—Querrás decir que regresemos.

—Yo no puedo, Nat.

—¿Por qué no? Ah, ya sé. ¿Por qué lo pregunto? Fue ella, la «Teodora», te echó el ojo.

—Verás, Nat, le han mandado unos anónimos. Quieren matarla.

—Demonios, ¿tuviste algo que ver con el tipo que se reventó cayendo de arriba?

—¿Dónde estabas tú?

—Me había largado a beber un *whisky* aprovechando el jaleo.

—Pues, sí, Nat. Yo fui el que provocó que aquel tipo cayese porque fui a buscarlo. Había dejado caer un saco sobre Martha Shanon.

—Jim, no me gusta nada eso... Algo me dice que te vas a meter en un lío.

—Ya estoy metido... Martha Shanon me contrató como guardaespaldas.

—Y tú aceptaste.

—El sueldo es bueno. Cien dólares diarios.

Los ojos de Nat se agrandaron.

—Eh, Jim, ¿por qué no consigues diez dólares para mí? Con ciento diez dólares nos tendrá a los dos.

—Se lo diré mientras te cambias... Nos veremos aquí.

Nat echó a trotar.

Becket encendió otro cigarrillo y lo tenía por la mitad cuando apareció Middlett, el dueño de la agencia de detectives. Pero no venía solo. Lo flanqueaban dos tipos altos, forzudos, que mostraban en la solapa rosas rojas.

Middlett masticaba un cigarro de a dólar y, sin quitárselo de la boca, dijo:

—Enhorabuena, Becket. Hizo su trabajo bien.

—Gracias, señor Middlett.

—Y ahora, adiós.

—¿Qué?

—Dije adiós, que quiere decir hasta nunca, Becket.

—¿Por qué?

—Porque va a renunciar.

—¿Quiere que entre ahí, en el camerino de Martha Shanon, y le diga que ya no seguiré cuidando de ella?

—Se me ha ocurrido algo mejor todavía, señor Becket. Usted se largará y yo le diré a Martha Shanon que ha renunciado.

—No, Middlett.

—Piénselo un poco mejor.

—Ya está pensado y decidido. Me quedo.

—Entonces, que Dios se apiade de su alma.

Middlett se apartó e hizo una señal a los dos fulanos que lo flanqueaban, quienes se pusieron en movimiento como máquinas de un tren.

Jim sólo tuvo tiempo para dejarse caer en el suelo, pero burló la acometida de las dos locomotoras, que pasaron por su lado sin tocarlo.

Luego Jim se puso en pie como impulsado por muelles.

Los dos fulanos ya habían dado la vuelta y otra vez se

encaminaban hacia él.

Jim saltó sobre el de la derecha y lo golpeó a la altura del vientre. Al mismo tiempo, jugaba con las piernas y golpeó con la puntera de su zapato al segundo detective.

Los tres rodaron por el suelo, pero Jim estaba indemne mientras los otros dos chillaban seriamente tocados, retorciéndose en el suelo.

Becket se levantó y dio dos pasos hacia Middlett.

—Ahora se va a tragar el puro, Middlett —dijo.

Middlett se había quedado tan asombrado que no pudo evitar el puñetazo que Jim le largó en la boca.

Sonó una explosión y Middlett cayó sobre los cuartos traseros. El cigarro de a dólar le había reventado y le cubría toda la boca, y probablemente se habría tragado la mitad de la hoja cubana.

Jim lo atrapó por la solapa y tiró de él, levantándolo.

—Middlett, quedamos de acuerdo en que esto era una colaboración...

—Sí, señor... Sí, señor...

—Para que no lo olvide, ahí va eso.

Le percutió de nuevo con el puño, ahora en el mentón.

Middlett dio dos vueltas de campana y quedó de bruces. Pero no perdió el conocimiento. Su puro había desaparecido. De pronto, se puso en pie llevándose la mano al estómago y corrió mientras gritaba:

—¡He de escupir el cigarro!... ¡He de escupir el cigarro!...

Los dos ayudantes de Middlett, tambaleándose, desaparecieron en pos de su jefe.

La puerta del camerino se abrió y apareció Martha Shanon.

—Oí un ruido.

—No fue nada. Un par de admiradores tuyos que querían un autógrafo, pero logré quitármelos de encima.

Nat llegó poniéndose la chaqueta.

—Martha, te presento a Nat, gracias al cual me encuentro en los estudios. Fue contratado como extra.

—Oh, sí, tú eres el grandote de los cuernos.

—Eh, señorita Shanon, no me confunda con un bisonte.

Mientras Martha reía las palabras de Nat, éste agregó:

—Jim, he visto a un centenar de personas esperando a la

señorita Shanon. Hay fotógrafos, periodistas y mucho público. Los policías del estudio están tratando de contenerlos.

—Mal asunto —dijo Jim—. ¿Cómo vamos a escapar de aquí, Martha?

—No os preocupéis. Hay una salida de emergencia. Efectivamente, la había.

Un hombre de cabello blanco cuidaba aquella puerta y se mostró encantado de facilitar el escape a una actriz de la categoría de Martha Shanon.

Martha no tenía su auto en la playa de estacionamiento. Había previsto aquella escapada, dadas las circunstancias de ser el primer día de rodaje. Lo tenía dos naves más allá.

—Mí «Rolls Royce» debe estar rodeado de periodistas —explicó—. Me refiero al que el estudio pone a mi disposición, con chófer uniformado.

Ella se puso al volante, Jim y Nat a su derecha, y enfiló hacia la más cercana salida de los estudios.

Un hombre uniformado, que cubría los ojos con gafas oscuras, se acercó para identificarla.

—Ah, perdone, señorita Shanon, de menuda se escapó. Ya he visto que hay un centenar de personas esperándola.

—Que continúen esperando, Tom. ¿Quieres abrirme?

—Ahora mismo, señorita Shanon...

Echaron a correr por la pista bien cimentada, hacia Beverly Hills.

Martha hizo sonar el claxon ante un portón que le fue abierto por un chino. El coche corrió hacia la casa.

—Demonios, qué jardín más precioso —dijo Nat—. ¡Y mira qué piscina, Jim! ¡Es como las de las películas!...

Martha llevó el auto al garaje y los tres saltaron, encaminándose hacia la casa.

Otro tipo con aspecto de oriental, aunque parecía malayo, salió al encuentro de Martha.

—¿Ha tenido un buen día, señorita Shanon?

—Sí, Yung... Prepáranos alguna bebida.

Fueron a un *living* con un ventanal a cuyo través se veía la piscina y un gran trozo del jardín.

Nat se dejó caer en un sillón y rió porque los muelles del sillón

lo subían y lo bajaban.

—Eh, Jim, ¿no se llama esto lujo asiático?

Yung empujó un carrito de ruedas que contenía un par de docenas de botellas.

Martha pidió un «Martini» y Jim y Nat *whisky* con hielo.

Los tres bebieron y Martha dijo:

—Ahora me encuentro tranquila, después de haber pasado por un peligro mortal. Jim, si aquel saco me hubiese dado en la cabeza, estaría muerta.

—Es posible.

Yung dijo:

—Señorita Shanon, se me había olvidado. Llegó una carta urgente.

Yung se dirigió hacia la mesa, cogió la carta y la entregó a Martha, la cual rasgó el sobre y extrajo su contenido.

Enseguida lanzó un grito y el papel cayó en el suelo.

—¿Vio un ratón, señorita Shanon? —exclamó Nat.

Jim no dijo nada, pero estaba cogiendo la carta. Ya había visto que estaba escrita como los anónimos anteriores, con las letras recortadas de un diario.

El mensaje de ahora decía:

«Te mataré a medianoche, querida».

Eso era todo.

—Eh, ¿qué dice ahí, Jim? —preguntó Nat—. Seguro que es de uno de esos admiradores que se enamoraron de la señorita Shanon.

Jim leyó en voz alta el contenido del mensaje y, entonces, el vaso de Martha cayó al suelo y se hizo añicos.

—Demonios —dijo Nat—, echó a perder el «Martini», señorita Shanon.

Jim preguntó:

—Martha, ¿qué plan tienes para esta noche?

—He de ir a la fiesta del hotel «Malabú».

—¿Otra fiesta? ¿No puedes prescindir de ella?

—No puedo. La prensa cinematográfica especializada me ha otorgado un premio. «La Gacela de Oro». Los estudios Petromix han hecho coincidir la entrega del premio con el comienzo del rodaje...

Nat intervino:

—Comprendo la idea de Jim... Si usted no sale de aquí, nadie la podrá matar. Y, si a pesar de todo, el asesino se atreve a llegar a la casa, lo acogotaremos entre Jim y yo.

—He de ir a la fiesta —insistió Martha Shanon.

—Bueno, ¿a cuánta gente debemos vigilar? —preguntó Nat.

—A unos quinientos invitados.

Nat agrandó los ojos.

—¿Quinientos?... Caramba, eso es una ventaja. ¿Cómo se le va a ocurrir al asesino matar a la señorita Shanon en presencia de tanta gente?... Eso me da una idea, señorita Shanon. ¿Por qué no telefonea a los periodistas para que le den el premio en el estadio de Los Ángeles?

Martha se dirigió hacia la terraza.

—Voy a tomar un baño en la piscina. Acompáñame, Jim.

Los dos fueron a la piscina y Martha se metió en la caseta destinada a las mujeres y Jim en la de los hombres.

Jim ya se había puesto el bañador cuando oyó que Martha daba un aullido.

Salió de aquella caseta y entró en la otra.

Vio a Martha, cubierta con un bikini, subida en una silla.

—Tranquilízate, Jim. Esta vez sólo fue un ratón, pero ya se fue.

Jim soltó una maldición para sus adentros.

Poco después estaban nadando los dos en la piscina.

El director, Flip Mulligan, llegó conduciendo un automóvil deportivo.

Se acercó al borde de la piscina.

Martha nadó hacia el borde de la piscina, donde se encontraba Mulligan, y Jim fue tras ella.

—Ya me tienes aquí, Flip.

Mulligan dirigió una mirada a Jim.

—Ha de ser a solas.

—Eh, director, que no muerdo —dijo Jim.

Martha salió de la piscina.

—No te preocupes, Jim. Se trata sólo de negocios. ¿No es eso, Flip?

—Naturalmente.

Mulligan y Martha fueron hacia el jardín.

Jim los vio hablar. Salió también del agua y se sentó en un sillón

observando a la actriz y a su director. Parecían hablar amistosamente, pero de pronto ella se enfureció, y quiso apartarse de su lado. Mulligan la cogió del brazo, pero ella dio un tirón y se desasíó mientras gritaba:

—¡Vete al infierno!

Mulligan no trató de seguirla. Se dirigió hacia su auto deportivo, y lo echó a correr, haciéndolo rugir con ferocidad.

Martha llegó al lado de Jim. Allí también había botellas.

—Dame un trago.

Jim le sirvió un *whisky*.

—¿Qué pasó entre tú y el director, Martha?

—Nada que te importe.

—Entonces te va a proteger tu tía.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. Me despido.

—No, Jim, no puedes dejarme.

—Tengo que saber lo que pasa a tu alrededor.

—No crearás que Mulligan me manda esos anónimos...

—¿Por qué no? Estoy conociendo a tus amigos y no me fío, de ninguno. Cada cual tiene motivos para liquidar al prójimo que tenga más cerca... Naturalmente, no excluyo al señor Mulligan.

—Muy bien, Jim. Te lo diré. Quiere casarse conmigo.

—¿Por qué quiere casarse contigo?

—Naturalmente, porque está enamorado de mí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me contrataron para la película... Mulligan me empezó a dedicar sus atenciones. Yo se las acepté por gentileza. Sólo por eso... Hace tres días me declaró su amor. Yo le dije que ya estaba harta de matrimonio y que no estaba dispuesta a casarme con él ni con nadie. Con eso sólo pretendí probarle mi sinceridad... Ha venido a insistir y yo le he dado la misma respuesta. Le he pedido que no me vuelva a hablar de matrimonio. Entonces él me ha amenazado con renunciar a dirigir la película y yo le he dicho que puede hacer lo que quiera, o marcharse al infierno —hizo una pausa—. Eh, Jim, él ha podido mandar los anónimos. Ha pensado que asustándome yo caería en sus brazos.

—No está mal. Pero yo no lo creo. Recuerda a Franz Turk. Te arrojó el saco y no creo que pretendiese sólo asustarte...

Suponiendo que Mulligan lo pagase, lo hizo para que te matase, no para ganar tu corazón.

—Sí, tienes razón, Jim...

CAPÍTULO VII

La fiesta estaba en su apogeo.

Martha Shanon no había exagerado el número de invitados. Allí se habían reunido varios centenares.

Martha estaba en un círculo en donde se encontraban los más famosos representantes de la Prensa, junto con antiguas y nuevas celebridades de Hollywood.

Jim se había alejado un poco, cuando una mano de uñas largas se posó sobre su hombro.

Al volverse vio ante sí a una rubia platino que era todo un monumento a la madre naturaleza.

—Soy Selena March.

—Y yo, Jim Becket.

—He oído hablar de ti. Te has convertido en el guardaespaldas de Martha. Ya te habrán dicho que hago el segundo papel en «Teodora».

—¿Por qué no fuiste al primer golpe de manivela?

—Yo no tenía papel en esa escena. Además, si hubiese ido, Martha se las habría arreglado para ponerme en ridículo ante los periodistas.

—Ya veo que Martha y tú os apreciáis.

La bellísima Selena le enseñó los dientes.

—Tanto como se pueden apreciar una cobra y una paloma.

Jim se echó a reír porque, naturalmente, Selena se reservaba el papel de paloma.

El ayudante del jefe de producción, Zachary Spencer, llegó junto a ellos.

—Eh, Selena, ten cuidado con Jim. Es un tipo que las mata callando. Le echó el ojo a Martha y ya falta poco para que se casen.

—Me explico por qué. Es arrebatador...

—Jim, ya me dirá el secreto. —Spencer guiñó un ojo a Jim y se

fue.

—¿Bailamos? —sugirió Selena.

—Sería mejor que te buscaras otra pareja.

—Te prefiero a ti. No te preocupes por Martha. Está en buenas manos.

Jim aceptó bailar. Nat también estaba bailando y lo hacía con una pelirroja que era tan hermosa como Selena.

Hizo como que tropezaba con él. Nat se volvió furioso, pero al ver a su amigo sonrió.

—Eh, Jim, me gusta esta fiesta... Te presento a Rita Raymond, es otra de las actrices.

Rita Raymond alargó lánguidamente su mano hacia Becket.

—Tu amigo sólo ha hecho que hablarme de ti, Jim. Si se le hace caso a Nat, eres una combinación de Einstein, Mao

Tse-Tung

y Paul Newman.

—No tanto, querida, no tanto. Nat es un poco exagerado. Puedes quitar a Paul Newman y tendrás una idea más acertada.

—Bailaré contigo luego.

—Ya te lo pasaré, nena —dijo Selena, y se deslizó con Jim por el piso siguiendo el ritmo.

Cuando la pieza se hubo terminado, Jim oyó una voz a su espalda:

—Diviértase ahora que está lejos de Martha —era Hugh Linder, el primer esposo de la actriz.

—¿Usted por aquí, Hugh?

—Una vez que estoy en Hollywood, no me pierdo una fiesta, especialmente cuando se celebra en honor de mi exmujer.

—Y le apuesto doble contra sencillo a que tampoco faltan los otros dos exmaridos.

—Bueno, yo sólo vi a uno.

—¿A cuál, Hugh?

—A Jeff Florent, el niño bonito, el *play-boy*, el vividor...

—¿No son demasiados nombres?

—Aún no le dije el que más merece.

—¿Cuál?

—El de canalla.

—Ustedes son como perros que se muerden unos a otros.

—Usted tampoco tiene pelos en la lengua, Becket. ¿Lo oíste, Selena? Nos llama perros.

—Creo que tiene bastante razón —rió Selena—, pero estoy segura de que Jim no me incluye en el lote.

—Permíteme que lo dude, querida —dijo Hugh.

—Yo agregaré algo, Hugh —repuso la rubia platino—. Tú eres un perro, pero estás rabioso.

Jim ya no podía asombrarse. Aquella gente se insultaba con la sonrisa en los labios.

—Por tus éxitos, Selena —dijo Hugh, y bebió un trago y se alejó.

Su puesto fue ocupado por el jefe de la agenda de detectives Middlett.

—¿Cumpliendo con el penoso deber, Jim...?

Tenía otro gran cigarro en la boca y Becket le dijo:

—A que se lo reviento.

Middlett echó a correr.

Selena se colgó del brazo de Jim.

—Tengo hambre, ogro.

Fueron a una mesa en donde había muchas cosas para comer. Justamente se encontraba allí Jeff Florent, pero no hacía compañía a ninguna vieja viuda, sino a una jovencita muy mona que no tendría más de diecisiete o dieciocho años.

—¿Cambió de género, Jeff? —preguntó Jim.

Jeff enarcó las cejas y al reconocer a Becket se echó a reír.

—En el fondo siempre he sido un romántico, Jim.

Otra voz intervino:

—¿Tú un romántico, puerco? Yo te diré lo que eres; un cazadotes.

El que decía eso era Dady Snaker, el segundo marido de Martha Shanon, el actor que había llegado a la cumbre gracias a las comedias interpretadas con la que fue su esposa. Parecía más sereno que por la mañana, pero no por ello menos insultante.

—Hola, Dady, ¿cómo te va? —preguntó Jeff con afecto.

—Ya lo ves. Convertido en un escarabajo.

—Eh, muchacho, ¿para qué lo tomas así?

—Tú ves solo el lado bueno de la vida, ¿eh, Jeff?

—No existe otro. Me lo dijo un siquiatra. Lo bueno y lo malo es cosa de nuestro cerebro.

—De modo que si uno quiere ver el lado bueno, siempre es el bueno.

—Una cosa así. Si quieres te doy la dirección de mi siquiatra. Con unas cuantas sesiones te deja como nuevo.

—No, gracias. Aborrezco los siquiатras. Prefiero armar una en grande.

—Eh, Dady —intervino Jim—, no quiero que organice otra como la del estudio.

—¿Y quién lo va a impedir?

—Yo mismo.

—¿Y qué va a hacer para impedirlo?

—Por ejemplo, romperle las narices.

Dady Snaker rompió a reír.

—¿No es gracioso, Jeff? Martha siempre ha tenido lo mejor y esta vez cazó a un rompenarices.

—Se equivoca, Dady —gruñó Becket—. No tengo interés matrimonial en Martha.

—¿No? ¿Está seguro? Ella es todo un partido.

—Oiga, fue un partido para Hugh Linder, para usted y quizá también lo fue para Jeff Florent... Pero yo no me caso con Martha Shanon, porque me gusta la libertad.

Selena se puso a aplaudir.

—Bravo, Jim. Les has dado una lección de cómo debe ser un hombre.

—Dady —repuso Jim—, una palabra más y esta noche dormiré en el hospital...

El jefe de producción, Gallagher, terminó la discusión al llegar acompañado por una obesa periodista, famosa por sus chismes en los periódicos y en la televisión.

—Muchachos, aquí tenéis a la gran Bertha.

—Los conozco a todos... —ladró Bertha—. Pero no a este caballerete... —Estaba señalando a Jim—. ¿Cómo se ha atrevido a lanzarse a la carrera cinematográfica sin contar con mi aprobación, muchachito?

—No me gustan las varitas mágicas, brujita —contestó Jim.

Las palabras provocaron carcajadas, pero Bertha se puso tan pálida como si le hubiesen quitado de golpe un par de litros de sangre.

—Conque no es actor... Debí figurármelo. Con esa cara sólo podía ser guionista.

—Su bola de cristal también está empañada, brujita.

—Oiga, quienquiera como se llame, una burla más acerca de mi persona y lo fulmino con...

—¿Los polvos de irás y no volverás, brujita? —La interrumpió Jim.

Jeff Florent se sujetaba el estómago, riendo.

Gallagher danzaba nervioso.

—Bertha, no le hagas caso. Es sólo un guardaespaldas.

—¿De quién?

—De Martha.

—¿Y por qué Martha necesita un guardaespaldas?

—No quise decir eso, Bertha.

—Conque la están amenazando.

—Oh, no, Bertha, ¿cómo se te ocurrió semejante cosa? —rió Gallagher de mala gana—. ¿Quién va a querer amenazar a Martha?

Bertha puso una pesada mano en el hombro de Jim.

—Muchacho, le daré diez dólares si abre la boca... Y no me enseñe la muela del juicio... Ya sabe lo que quiero decir.

—Sí, sé lo que quiere decir. Mi secreto por diez dólares.

—Acertó, muchachito.

—Bertha, mi nombre es Jim Becket y dejé de ser un muchacho cuando usted fue abuela.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Y no le soltaría el secreto de Martha ni por mil dólares...

—¡Lo voy a pulverizar!... ¡Lo voy a convertir en humo y no me va a hacer falta ninguna varita mágica!... Conecte mañana su aparato de televisión con la estación BBB.

Gallagher se llevó a Bertha casi a rastras.

Jeff pegó una palmada en la espalda de Becket.

—Eh, Jim, estuviste de primera. Ojalá en Hollywood hubiese fulanos que hablasen con tanta claridad como tú. ¿Lo viste, Dady? Puso en ridículo a la famosa Bertha Tolliver...

—Le resultó fácil —contestó Dady.

—¿Por qué dices que le resultó fácil?

—Porque él no es de la profesión.

Selena dejó oír su voz:

—Dady, tu rencor no te deja ser imparcial. Jim demostró tener agallas, a pesar de no ser de la profesión. Además, no podemos saber si Jim llegará a ser una estrella famosa...

Dady rió.

—Sí, creo que tenéis razón. Se puede convertir en estrella en cuanto Martha quiera.

Todos le miraron y Dady se dio cuenta de que había cometido un error al decir aquello, puesto que él lo debía a Martha. Dio media vuelta y se alejó bruscamente.

Nat se acercó a Jim.

—Eh, chico, ¿sabes la hora que es?... Faltan sólo cinco minutos para la medianoche y no he visto a Martha en el salón.

Jim se apartó de la mesa y Nat fue detrás.

Efectivamente, Martha Shanon no estaba en el lugar donde el propio Jim la había visto minutos antes.

Mulligan estaba hablando con Rita Raymond.

—Eh, director —dijo Jim—. ¿Dónde está Martha?

—Por ahí.

—¿Dónde es por ahí?

—Oiga, Jim, yo no soy su guardián y no me hable en ese tono...

Jim y Nat se alejaron del director y de la pelirroja.

—¿Cuántos minutos faltan para las doce, Nat?

—Dos minutos... Eh, Jim, no irás a decir que el de los anónimos va a cumplir su palabra...

—¿Y por qué no si Martha no está a la vista?

Jim tropezó con Zachary Spencer.

—¿Dónde está Martha, Zachary?

—La vi hace un momento.

—¿Dónde?

—Fue hacia el otro salón. Está a la derecha. Dijo que iba a retocarse.

—Vamos, Nat —dijo Becket.

Se abrieron paso excusándose entre la gente.

En el otro salón había menos público, otro medio centenar de invitados.

Jim y Nat miraron cada uno por un lado.

—¿La has visto tú, Nat?

—No.

—Yo tampoco.

En aquel momento, un reloj de pared empezó a dar las campanadas de las doce.

Nat consultó su reloj y dijo:

—Eh, Jim, ese reloj no va atrasado. Son las doce.

—Vamos al tocador.

En aquel momento se oyó un aullido femenino.

Una mujer salió corriendo del tocador que estaba en el fondo. Tenía los ojos desorbitados y señalaba hacia la puerta que había dejado abierta.

Jim ya estaba en marcha y se coló allí como una centella.

Se detuvo al ver a Martha.

No, no estaba en el suelo sino de pie. Y tampoco estaba muerta. Vivía, respiraba. Pero había una víctima. Hugh Linder estaba en el suelo con un cuchillo clavado en el vientre, los ojos abiertos, fijos en el techo.

—Fue él, Jim —dijo Martha—. Quiso matarme... Confesó que me había escrito los anónimos... Estaba como loco... Dijo que yo había acabado con su vida en todos los sentidos... Me arrinconó junto a la pared y entonces sacó el cuchillo... Cuando me lo iba a clavar, lo sujeté por la muñeca. Perdimos el equilibrio, caímos en el suelo y ya lo ves... Oh, Jim... Es horroroso...

Martha se echó sollozando en los brazos de Jim Becket.

CAPÍTULO VIII

El teniente de la brigada de Homicidios, William McLaine, había escuchado la historia. No pasó nada por alto. Leyó los tres anónimos e interrogó a la protagonista de aquel hecho luctuoso, Martha Shanon, y a las otras personas que se habían relacionado con el caso.

El sargento Charles Mortimer, a las órdenes de McLaine, fue al hotel de Hugh Linder, el «Victory», y regresó con algo importante, unos diarios que habían sido recortados con tijeras. Resultó que de los diarios habían salido las letras para componer los anónimos. El sargento también trajo sobres en blanco, iguales a los que habían servido para mandar los anónimos.

Todo estaba claro. Las piezas del rompecabezas coincidían. Se trataba de un caso de legítima defensa.

Las conversaciones entre la policía y los testigos se habían desarrollado en el despacho de la dirección del hotel, y el teniente fue dejándoles en libertad.

Martha salió acompañada por el director Flip Mulligan, quien la había cogido suavemente por un brazo y la trataba con mucho cariño.

Jim y Nat fueron tras ellos.

La actriz se volvió hacia Becket y dijo:

—Ya no hace falta que vengas a casa, Jim. Acabó el peligro. Pasa mañana por el estudio y te pagarán, ¿verdad, Flip?

—Desde luego. Yo mismo me ocuparé de pagarle.

—De acuerdo —dijo Jim—. Hasta mañana.

El y Nat vieron cómo el coche deportivo se alejaba.

—Eh, Jim, no fue mal el negocio. Te ganaste cien dólares en un solo día. Es un récord.

—Todavía no los gané.

—¿Qué quieres decir?

—No te preocupes. Estaba hablando conmigo mismo.

Flip Mulligan trató de besar los labios de Martha.

—Por favor, Flip, ahora no... Quiero estar sola.

—Como tú quieras, Martha. He pensado aplazar un par de días el comienzo del rodaje.

—No debes hacerlo. Significaría mucha pérdida de dinero para los estudios.

—Pero tu salud es lo primero, Martha.

—No te preocupes. He pasado por trances muy amargos y tengo experiencia. Sabré sobreponerme... Hasta mañana, Flip. Estaré a las nueve en los estudios, como estaba señalado.

—Como tú quieras.

Al quedar a solas, Martha bebió el resto de *whisky* que contenía su vaso, subió la escalera y entró en su dormitorio.

Al encender, dio un grito al ver a un hombre sentado en el borde de su cama. Era Jim Becket.

—Jim, ¿qué haces aquí?

—No puedo decir que pasaba por ahí y entré por la ventana al verla abierta...

—No estoy para bromas.

—Oh, es verdad, perdona. Un hombre intentó matarte y lo mataste tú.

Jim se dirigió hacia la joven, que continuaba junto a la puerta, aunque la había cerrado.

Ella le sonrió.

—¿Por qué lo asesinaste, Martha? —preguntó Jim.

—No lo asesiné. Lo maté en legítima defensa.

—Lo asesinaste porque Hugh nunca trató de matarte.

—Jim, no sabes lo que dices.

—Lo sé perfectamente. Esos anónimos te los enviaste tú misma.

—¿Cómo?

—Eran tu coartada para asesinar a Hugh.

Ella echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

—Jim, eres un tipo muy divertido. Olvidas algo importante. El sargento de la policía fue al hotel de Hugh y allí encontró los diarios de donde se habían recortado las letras para confeccionar los anónimos.

—Todo queda explicado con tu cómplice.

—¿Mi cómplice?

—Sí, la persona que te está ayudando en este asunto. Fue ella quien dejó los diarios en el apartamento de Hugh.

—¿De dónde has sacado esa historia?

—De mi cabeza.

—¿Sólo tienes eso contra mí?

—Sí, por ahora sólo se trata de un montón de ideas.

—Entonces permíteme que te diga lo que me parecen tus ideas. Son estúpidas, absurdas, incongruentes... Hugh me amenazó, quería matarme. ¿Por qué? Es la mar de simple y el teniente de la brigada de Homicidios lo comprendió a la primera. Hugh estaba resentido conmigo... A su juicio, yo se lo debía todo. Me sacó de la nada, ¿lo entiendes?

—Hay un fallo en tu historia.

—¿Dónde está el fallo?

—¿Por qué no te mató antes?

—¿Y yo qué sé?... Pregúntale a un siquiatra por qué una persona que es normal de pronto comete un crimen. ¡Pregúntaselo a un siquiatra y no a mí!...

Jim no hizo ningún comentario.

Ella le puso otra vez la mano en la nuca.

—Jim, no quiero que pienses eso de mí. Además, olvidas otra cosa.

—¿El qué?

—El intento de asesinato en el estudio.

—Eso también me ha servido para llegar a mis conclusiones de que tú lo preparaste todo. Hugh estaba cerca de ti, lo cual quiere decir que aquel saco pudo estar destinado a él.

—Idiota. ¿Cómo puedes creer semejante atrocidad?

—Porque tengo células grises.

—¡Tú tienes corcho en la cabezota! ¡Sólo eso! ¡Corcho!

Martha pasó junto al lado de Jim y se internó en la habitación.

—Márchate de una vez, guardaespaldas. No te necesito.

—Quiero que me lo cuentes todo.

—No te voy a contar nada y quiero tomar una ducha.

—Espera un poco.

—No tengo ganas de esperar.

—Yo veo así las cosas, Martha... Te libraste de Hugh por alguna razón importante.

—¿Por qué, talento?

—Quizá porque Hugh te estaba chantajeando.

—Qué tontería.

—Hugh tenía algo contra ti. Confiésalo. ¿De qué se trataba?

—Vete al infierno.

—Es mejor que me lo cuentes. ¿O prefieres que lo investigue?

—No eres un policía de la brigada de Homicidios... Ni siquiera un detective de la agencia Middlett.

—Pero tú me contrastaste para hacer las veces de policía y de detective.

—Ya terminó tu trabajo.

—No.

—Yo te refrescaré la memoria. ¿Qué es lo que tenías que hacer? Custodiarme para que ese canalla que me mandaba los anónimos no llevase a cabo sus amenazas... Ahora se acabaron los anónimos y las amenazas... El autor resultó ser Hugh Linder y ya está muerto. Tú ganaste cien dólares por un día de trabajo. ¿Quieres más?

—Sí, quiero más. Quiero la verdad...

—La verdad es la que yo conté a la policía.

—No, Martha, no es la verdad. Todo fue una maquinación que surgió de tu cabeza. —Jim se puso en camino hacia la joven—. Martha, tú lo preparaste todo, y confieso que lo hiciste muy bien porque te burlarte de todos, de los detectives, de la agencia Middlett, de los de la brigada de Homicidios... De tu propia víctima, Hugh... Pero no has podido burlarte de mí.

—Cuidado, Jim. Estás llevando esto demasiado lejos. Si no te marchas, ahora mismo llamo a la policía.

—¿Y qué le dirás?

—Que has venido aquí para molestarme.

—¿Por qué no empleas la palabra justa? He venido a chantajearte.

—No, Jim, no puedo emplear esa palabra. Para hacer un chantaje, la sanguijuela ha de tener un documento, algo contra su víctima y tú no tienes nada contra mí, Jim. Absolutamente nada. Sólo han sido ideas que salieron de tu cabeza... Pero no quiero otro escándalo. Ya tuve bastantes esta noche. No, Jim, no voy a llamar a

la policía. Te vas a ir. Te daré los cien dólares ahora. No hace falta que vayas por los estudios. No quiero volver a verte.

Martha fue hacia el tocador y cogió un bolso. Sacó unos cuantos billetes que alargó a Jim.

—Aquí los tienes.

Jim no se movió y Martha hizo una bola con los billetes y la arrojó a los pies de él.

—No quiero tu dinero, Martha.

—¿Por qué no?

—Me asignaste un papel en tu comedia. Tuve que decir a la policía que me habías contratado para vigilarte. Admití que recibiste ante mis propios ojos el sobre que traía el tercer anónimo, y hablé del contenido de ese anónimo. Les dije lo que Hugh te soltó en tu camerino. ¡Qué estupendo testigo compraste con cien dólares!... En tu vida has hecho una inversión mejor... ¡Sí, nena, sólo tuviste que gastar cien dólares y unos cuantos besos!

—¡Cállate, bastardo! ¡Confórmate con tu paga!

—Ya me voy, Martha. Pero nos volveremos a ver.

—¡He dicho que no te volveré a ver más!

—Eso no lo podrás impedir.

—¡Lo impedirá la policía!

—Tampoco.

—Escucha bien, Jim Becket. Yo estoy muy alta y tú eres sólo un gusano. Soy Martha Shanon, ¿y quién eres tú? Yo te lo diré, un pobre y desgraciado desconocido... Un muerto de hambre... ¿Lo oyes? ¡Un muerto de hambre! ¡Eso es lo que tú eres!... No puedes hacer daño a Martha Shanon porque ni saltando podrías llegar a tocarla...

—Ídolos que estaban más altos que tú cayeron y se hicieron pedazos.

—Yo soy distinta a los demás... Sí, Jim, admito que soy un ídolo y lo seré mucho más cuando haya hecho mi próxima película... Ganaré otro Oscar. ¿Lo oyes? ¡Otro Oscar! Nadie en la pantalla habrá hecho una emperatriz como la voy a hacer yo.

—Quizá no te dé tiempo.

—¿Por qué, Jim?

—Ya te lo he dicho... Voy a seguir adelante. Investigaré la vida de Hugh Linder pulgada a pulgada...

—¡No quiero que hagas nada!... ¡No vas a hacer nada! Escúchame, Jim, no te voy a pagar cien dólares... Ahora mismo te daré un cheque. Pero no creas que lo hago porque tengo miedo. Te equivocas. Hugh Linder fue un tipo sórdido y podrías descubrir cosas que a la larga me perjudicasen. Debes entenderme... ¡Sólo se trata de salvar mi película, «Teodora, emperatriz de Bizancio»! No puedo consentir que nadie manche mi nombre mientras se realice... Te daré un cheque de mil dólares, ¿qué te parece, Jim? Es lo único que te pido, que te largues, que te esfumes. —Martha abrió un cajón del tocador y empezó a sacar cosas de él—. ¿Dónde está el talonario? ¿Dónde está...?

—No es necesario que lo busques, Martha. Tampoco quiero los mil dólares.

Ella volvió la cabeza.

—¿Qué estás diciendo, estúpido? ¡No me vas a sacar un centavo más, chantajista!

—No vine a pedirte los cien dólares, Martha. Ahí se quedan, en el suelo, donde tú los dejaste...

Jim echó a andar hacia la puerta.

—¡Párate ahí!... ¡Párate!

Becket no se detuvo y siguió hasta la puerta.

—Si no te paras, disparo —gritó Martha.

Jim volvió la cabeza. No, Martha no lo había engañado. Tenía una pistola en la mano.

Ella rió.

—¿Qué te pasa, Jim? ¿Te estremeces?

—Un poco. Es lógico. Esa pistola se puede disparar.

—Es lo que voy a hacer, apretar el gatillo.

—¿Y qué le dirías a la policía?

—Que estabas en combinación con Hugh.

—No te valdría. Recuerda lo que les contaste. Ayer no me conocías. Fui al estudio y me contrataste como guardaespaldas. Lo sabe demasiada gente. Nadie podría establecer una relación entre Hugh Linder y yo. Para matarme, como lo hiciste con Hugh, tendrías que armar otro plan... Hasta la vista.

Jim abrió la puerta. No estaba muy seguro de que Martha fuese a dejarlo marchar con vida, pero tenía que proceder de aquella forma.

Salió de la habitación y cerró la puerta. No, Martha no le había disparado, pero la oyó gritar:

—¡Jim, estúpido! ¡No conseguirás nada! ¿Lo oyes? ¡Nada! ¡Vuelve, Jim! ¡Te quiero, Jim!... ¡Soy Martha Shanon! ¿Lo oyes? ¡Soy Martha Shanon!...

El estaba bajando la escalera y no se detuvo en ningún momento.

CAPÍTULO IX

Había amanecido un nuevo día.

Nat cantaba bajo la ducha.

Jim despertó con un terrible dolor de cabeza.

—Eh, Nat, por favor, ¿quieres quitar el tocadiscos?

Pero Nat seguía cantando porque no lo oía.

De mala gana, Jim encendió un cigarrillo. Le supo a esparto.

Al fin, Nat salió del cuarto de baño frotándose vigorosamente con la toalla, y otra vez cantaba, ahora «El barbero de Sevilla».

Jim le hizo señas.

—¡Silencio! ¡Silencio o me saltarán los sesos!

Nat dejó de cantar y empezó a vestirse.

—¿A qué hora viniste, Jim?

—Muy tarde.

—¿Quién fue la chica?

—Martha Shanon, pero no pasó lo que tú crees. Traté de cargarle la muerte de Hugh Linder.

—¿Eh?

—Sí, Nat, has oído bien... Y dije la verdad. Fue ella quien lo hizo.

—Jim, ¿qué te pasa esta mañana? Claro que todos sabemos que ella lo hizo. Le pegó una cuchillada, pero fue luchando contra Hugh, en legítima defensa.

—No, Nat, las cosas no ocurrieron como tú y la brigada de Homicidios creéis. Pasaron de otra forma y te la voy a contar porque es necesario que estés informado.

A continuación, contó su hipótesis. Nat escuchó atentamente, y al fin, cuando Jim hubo terminado, dijo:

—Jim, ¿por qué renunciaste a esos cien dólares?

—¿Es que no lo has comprendido? Con esos cien dólares Martha, iba a comprar mi participación en el crimen. Me utilizó como

coartada. Tuve que soltar a la policía lo de los anónimos... Escucha, Nat, tú te vas a ir al estudio. Has de tener cuidado. Vigila bien a Gallagher, a Mulligan, a Martha, a todo el mundo...

—Eh, yo no quiero meterme en el lío.

—Lo digo por si quieren eliminarte.

—¿Eliminarame?

—Sí, aunque ahora que lo pienso, quizá se contenten con despedirte apenas llegues.

—¡No pueden hacer eso!

—Claro que pueden.

—¡Recurriré al sindicato!

—No, Pat, no recurras. Si te echan, no trates de quedarte.

—No pueden pisotear mis derechos.

—Si te quedas, harán algo peor. Te dejarán caer un saco.

Nat abrió unos ojos como platos.

—Demonios, ¿se atreverían a hacer eso?

—Seguro.

—Los cogeré a todos y les retorceré el pescuezo.

—Es mejor que aceptes mi consejo. Vas allí como si nada, pero, si te despiden, te largas.

—¿Y si me quedo?

—Ten los ojos abiertos.

—Sí, Jim.

—Y los oídos.

—Sí, Jim.

Nat empezó a vestirse. Cuando estaba por la camisa gimió:

—Ayer parecía que nos había cambiado la suerte, que la teníamos de cara. Yo empecé una carrera cinematográfica, y a ti te contrataron por cien dólares diarios. Han pasado veinticuatro horas, ¿y qué pasa? Que estamos al borde de la ruina... A propósito, Jim, ¿qué vas a hacer tú?

—Investigar.

—¿Investigar qué cosa?

—¿Qué va a ser? El crimen.

—¡Ya me están temblando las carnes!

—Entonces será mejor que te largues.

—Oye, Jim, se me está ocurriendo una idea mejor. La de que vayas a casa de Martha Shanon y te disculpes.

—Ni hablar.

—De esa forma cobrarás los cien dólares.

—Hasta luego, Nat, y que no te maten en los estudios —dijo Jim saltando de la cama.

Nat dio un suspiro y se marchó.

Jim sonrió mientras se metía en el cuarto de baño. Nat, era un buen tipo, aunque demasiado ingenuo. Martha se la había pegado a Nat, pero no a él.

Combinó el agua fría y el agua caliente y salió de allí despejado.

Ya se había vestido y se anudaba el nudo de la corbata, cuando se abrió la puerta y entró un tipo grandote con cara patibularia.

—Eh, amigo, se equivocó de habitación —ladró Jim.

—En la puerta dice que ésta es la habitación 34.

—Y es la 34.

—Y tú eres Jim Becket.

Jim empezó a sentir un cosquilleo en el estómago y no porque tuviese hambre. Aquel fulano tenía ojos que miraban como los de un reptil.

—Ya sabes mi nombre, muchacho, pero yo no sé el tuyo. ¿Quién eres?

—Llámame Ed.

—¿Qué quieres, Ed?

—Me mandaron aquí para que te metiese otra vez en la cama.

—Tu patrón fue muy amable, pero ya no tengo sueño.

—Por un par de meses.

—¿Eh?

—Te tengo que meter en la cama por un par de meses, y para eso te tengo que romper un par de huesos. —Ed metió la mano en el bolsillo—. Si te estás quieto, te haré menos daño.

Sacó una porra que parecía pesar mucho y Jim apostó a que estaba rellena de plomo.

—¿Me vas a pegar con eso, Ed?

—No tengo más remedio, pero no te muevas mucho o te romperé el cráneo.

—Eso sería muy grave.

—Sí, muchacho, te podrías quedar listo.

—Y claro, te dijeron que matarme sería demasiado.

Ed ya no quiso hablar más. Se lanzó sobre Jim, el cual se dejó

caer en la cama.

De esa forma, burló el primer golpe porque la porra golpeó contra el almohadón.

No estaba dispuesto a dejarse pegar una sola vez si lo podía evitar, y puso en práctica los medios para ganar aquella pelea.

Ed había quedado en una situación desventajosa al fallar el primer golpe y Becket le soltó un patadón en la mandíbula.

Ed rodó en la cama y cayó por el otro lado.

Jim corrió pero no lo hizo con demasiada rapidez y Ed pudo levantarse.

Levantó la porra y Jim recibió el golpe en el estómago. Por fortuna aprovechó el viaje y clavó la cabeza en el vientre de Ed.

Luego saltó hacia el techo y su cabeza se estrelló en el mentón de su enemigo.

Sintió cómo Ed empezaba a desvanecerse, y le ayudó un poco pegándole un puñetazo entre los dos ojos. Su visitante quedó despatarrado en el suelo y Jim le quitó la porra y se sentó en la cama.

Al poco del rato, Ed empezó a despertar.

Jim no lo dejó levantarse. Le puso una mano en el pecho y le acercó la porra a la cara.

—Eh, ¿quién te mandó aquí?

—Vete al infierno.

—Al infierno te vas a ir tú, pero llegarás con la cara muy estropeada. Como un mapa. Te lo juro.

Para demostrarle que no hablaba en vano, le pegó con suavidad en el pómulo.

Ed dio un chillido.

—Cuidado, Jim.

—El próximo golpe será en las narices y te voy a dejar más chato de lo que eres... ¿Quieres que probemos?

—Fue Gallagher... Tade Gallagher.

—Conque tu patrón es el jefe de producción de los estudios Petromix.

—Así es.

—¿Y por qué?

—Yo no sé nada de eso... Me dijo lo que tenía que hacer y nada más...

—¿Dónde trabajas?

—En el cine, de vez en cuando.

—Cuando Gallagher quiere, ¿eh?

—Sí, es él quien me contrata.

—Apuesto a que está esperando tu llamada para comunicarle el feliz éxito de tu trabajo.

—Sí.

—Vas a hablar con él.

—No, no quiero.

Jim lo amenazó otra vez con la porra.

—Está bien.

—Ahí tienes el teléfono, en la mesilla de noche.

Ed se levantó, pero quiso hacer de las suyas. Se volvió contra Becket para tirarle el puño a la cara, pero Jim estaba preparado y lo burló con un quiebro y luego le pegó con la porra en la oreja.

Ed cayó de rodillas en el suelo, soltando un aullido de dolor.

Jim lo cogió con la mano libre por el cabello.

—¿Quieres que te pegue en la nuca?

—No, Jim. Ya tuve bastante... Haré lo que tú quieras.

—Llama a Gallagher.

Ed marcó el número en el dial y esperó unos segundos. Le contestaron enseguida.

—¿Gallagher?... Sí, fui a hacerle la visita...

Jim le pegó en la cabeza pero no muy fuerte y Ed se desplomó sin conocimiento. Luego ocupó su lugar en el teléfono.

No le contestó nadie durante unos segundos aunque oyó una respiración.

—Oiga, Gallagher, el pájaro cantó... Lo tengo aquí a mis pies. ¿Recuerda la fábula del cazador cazado? Es lo que ocurrió a su amigo Ed... Le hice cantar.

—Jim, usted ha demostrado ser muy peligroso.

—Lo soy, especialmente con usted.

—Eh, muchacho, no se desmande.

—Me voy a desmandar tanto que lo voy a meter en un ataúd, Gallagher... Ya supuse que usted estaba en combinación con Martha. De modo que voy a tirar de la manta y todos ustedes van a quedar más desnudos que nuestros primeros padres en el Paraíso...

—No le conviene hacer eso, Jim.

—Deme una razón convincente.

—Puede ganar mucho dinero si entra en nuestra sociedad.

—Conque ahora me está haciendo una oferta por todo lo alto... Sociedad de asesinos amantes del cine... ¿Ése es el nombre o hay otro?...

—Yo lo llamaría socios de la compañía vive y deja vivir.

—No está mal.

—Celebro que le guste. Usted y yo tenemos que hablar, Jim.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, naturalmente. Si va a ser accionista de la compañía, tenemos que quedar de acuerdo de inmediato...

—Espere un momento que lo piense.

—No necesita pensarlo, Jim.

—Sólo son unos segundos.

Jim ya sabía cuál era su decisión. Gallagher estaba al corriente de la muerte de Hugh Linder. Era el cómplice de Martha y ahora lo podría tener en sus manos. Sólo tendría que apretarle un poco las clavijas para saber por qué habían matado a Hugh Linder. De modo que podía simular ante Gallagher que aceptaba ser socio en aquel crimen.

—Bien, Gallagher —dijo continuando su comedia, como si hubiese necesitado pensar—, creo que me conviene... ¿Dónde nos vemos?

—Dentro de media hora en el bar Calipso.

—¿Dónde está?

—En el cruce del bulevar del Rey con el de Lacy.

—Enterado. Treinta minutos.

—Me alegro de que haya comprendido, Jim.

Oyó que colgaban a la otra parte y colgó él también. Miró a Ed, seguía sin conocimiento.

—Espero que sepas volver solo a casa, Ed.

Salió de la habitación y poco después viajaba en un taxi hacia el lugar de su cita con Gallagher.

Llegó en veinte minutos y, como todavía faltaban diez para que apareciese el cómplice de Martha se sentó en la barra y pidió un «Martini».

Tenía un cigarrillo por la mitad cuando vio entrar a Gallagher,

quien acudió a su lado sonriéndole.

—Le traigo recuerdos de Martha, Jim.

—No me diga.

—Ella quiere hacer las paces con usted.

—¿Cuándo?

—Ha dicho que vaya esta noche por su casa... Ya sabe, una cena a solas.

—Qué bueno, pero no basta.

—¿Qué más quiere, Jim?

—La verdad.

—De acuerdo. Se la contaré.

—Empiece.

—Aquí no. Venga conmigo y sabrá con detalle todo lo que pasó.

Gallagher dejó un par de billetes para pagar el «Martini» y Jim terminó de beberlo.

Salieron del bar y Gallagher dijo:

—Vamos a la playa de estacionamiento. Tengo allí el coche.

—¿A dónde vamos, Gallagher?

—Al lugar preciso para que lo comprenda todo.

Gallagher señaló su auto.

—Es ése, el de color guinda.

Cada uno fue por un lado para entrar y, de pronto, Jim sintió que alguien se movía a sus espaldas. Cuando se volvió, un tipo le enseñó el hocico de una pistola.

—Quieto, Becket.

Jim miró a Gallagher, que estaba a la otra parte del coche, con la portezuela abierta, sonriendo.

—Eh, Gallagher, ¿forma parte esto del rodaje de su película?

—¿Me cree un retrasado mental, Jim? Nuestra película es del imperio bizantino, y esta escena forma parte de la época actual. Ande, suba al coche y será mejor que no intente ninguna tontería, o Mike le hará un feo agujero en la cabeza...

Jim tuvo que entrar en el asiento trasero. Estuvo atento por si podía librarse del llamado Mike, pero éste demostró conocer su oficio porque se sentó a su lado sin dejar de apuntarle con el arma.

Gallagher se puso ante el volante y el auto abandonó la playa de estacionamiento.

—¿A dónde vamos? —inquirió de nuevo Becket.

—Me preguntó usted por la verdad, Jim... Pues la va a saber...

—Muy amable.

—No tuvimos más remedio que hacer lo que hicimos.

—Asesinar a Hugh Linder.

—Ajusticiarlo.

—¿Por qué dice ajusticiarlo?

—Porque Hugh Linder quiso echar a perder un negocio de muchos millones de dólares. Fue él quien decidió su muerte. ¿Lo entiende, Jim?

—¿Qué era lo que tenía Hugh Linder contra Martha?

—Eso forma parte de este instructivo viaje.

—¿Puedo fumar? —dijo Jim con la mayor naturalidad y metió la mano en el bolsillo derecho de su chaqueta.

—¡Cuidado, Mike! —gritó Gallagher—. ¡Tiene la porra de Ed!

Mike clavó el cañón de la pistola en el ombligo de Jim.

—Deja esa mano quieta, muchacho.

—Ya está quieta.

—Sácala cuando yo te diga. Y con la porra. La dejarás caer a mis pies.

—Como tú órdenes.

—Listo. Sácala ya.

Jim sacó la mano con la porra y dejó caer ésta en el suelo.

Gallagher rió desde la parte delantera.

—Jim, debería abandonar toda posibilidad de escapar... La trampa se cerró. Usted lo quiso así y ya no hay forma de librarse... Ahora, confórmese o lo mando al otro mundo sin saber por qué murió Hugh Linder.

CAPÍTULO X

El auto subió por un camino polvoriento hasta un portón de hierro.

Gallagher hizo sonar el claxon tres veces y el portón fue abierto por un tipo jorobado.

—Eh, Gallagher —dijo Jim—, no me diga que me trae al gabinete del doctor Frankenstein...

—Casi acierta.

—¿El gabinete del doctor Caligari?

Gallagher se echó a reír.

—No, no me comprendió, Jim.

El coche corrió por una avenida flanqueada por árboles que daban mucha sombra.

Jim vio al fondo una casa que había sido construida en un estilo barroco, la moda que imperaba en los años veinte, durante la época dorada del cine. Los artistas y técnicos de Hollywood acostumbraban a construirse aquellas casas.

El coche se detuvo ante una escalinata larga, con un león de piedra a cada lado.

Mike saltó del coche.

—Salga, Jim.

Becket salió y miró a su alrededor.

—Un buen lugar para el reposo —comentó.

—Sí, no está mal —repuso Gallagher—. Aquí paso yo largas horas.

—¿Es suya la casa?

—La compré cuando hizo falta.

—Debe de ser muy cara por la servidumbre.

—Bastan un par de personas... No la utilizo para dar fiestas a mis amigos. Se asustarían. Hoy se vive de otra forma, en otra clase de vivienda, menos recargada y con más atmósfera para la diversión...

—Eh, Gallagher habla como un intelectual.

—Siempre he sido un intelectual.

—Entonces debería ser director y no jefe de producción.

—Seré director muy pronto.

—¿En qué película?

—«Teodora, emperatriz de Bizancio».

—No me diga que Flip Mulligan va a contraer una enfermedad incurable y a morir.

—Quién sabe... Está muy viejecito.

Gallagher hizo una señal a Mike y éste apoyó el cañón en la espalda de Becket.

Jim levantó las manos.

—Eh, no hacen falta esos feos modales... Quiero ser un chico obediente. Tengo muchas ganas de conocer el interior de la casa.

Subieron la escalinata.

Los habían visto llegar porque la puerta fue abierta por un tipo de cara escuálida y color macilento.

—Eh, Gallagher, debería cuidar mejor a su servidumbre —sonrió Jim—. ¿Es que no les da de comer?

—Muy chistoso. Métase en la primera habitación a la derecha.

Jim vio un gran vestíbulo, con una araña central y una escalera al fondo. Las paredes estaban cubiertas por una tela de color desvaído.

Abrió la puerta de la derecha y vio a Nat.

Su amigo saltó del sillón que ocupaba y dijo:

—Eh, Jim, ¿también te pescaron a ti?

—¿Qué haces aquí, Nat?

—Me trajeron engañado.

—¿Qué te dijeron?

—Que me necesitaban para rodar una escena. Imagínate, al ver esta casa me lo creí, y pensé que se trataba de una película de miedo. Pero luego no vi los focos ni las cámaras...

—¿Y qué pasó?

—Traté de marcharme, pero entonces me enseñaron una pistola. Les dije que tú les ajustarías las cuentas y se rieron.

Gallagher rió también ahora.

—Están en la ratonera, muchachos.

—Eh, Gallagher —le dijo Jim—, ha hecho un trabajo inútil.

—¿Usted cree?

—Nat no sabía nada de lo que yo llevaba entre manos.

—Eso no puedo admitirlo aunque me lo jurase. Viven en la misma habitación del hotel y aparecieron juntos en los estudios... Yo tenía que tomar precauciones. Lógicamente usted tenía que haberle dicho algo a Nat, por si le ocurría algo malo, para que él pudiese acudir a la policía con la historia de que Martha mató a Hugh a sangre fría y que los anónimos sólo fueron una coartada.

Nat levantó la mano.

—Juro que no sé nada de eso.

—Suponiendo que no lo supieses, lo acabas de escuchar. De modo que para el caso es lo mismo.

—Eh, ¿ya qué nos van a condenar?

Gallagher se dirigió a Becket.

—Dígaselo, Jim.

—Nos van a matar, Nat.

—¡No! ¡No pueden hacer eso con nosotros! No tienen ningún derecho... Señor Gallagher, usted no es un tipo honrado.

—Cierra la boca, Nat.

—Señor Gallagher, su ayudante, el señor Spencer, me contrató para trabajar en el cine y no para trabajar en un cementerio.

—No vas a trabajar en un cementerio porque quedarás enterrado en el jardín de esta casa.

—No me gusta el jardín. Prefiero el cementerio. ¿Y tú, Jim?

—También prefiero el cementerio.

—Entonces vámonos al cementerio —dijo Nat.

Los dos amigos echaron a andar hacia la puerta. Por un momento había cundido el desconcierto entre Gallagher y sus compinches, pero fue el jefe de producción de «Teodora» quien dio el grito de alarma:

—¡Un paso más y fuego contra ellos, muchachos!

Jim y Nat no dieron un paso más.

Jim se volvió.

—Eh, Gallagher, todavía está a tiempo de echar el freno.

—Ya lo eché cuando llegué ahí abajo.

—Usted sabe que no me refiero al del automóvil, sino a la barbaridad que va a cometer. Hubo ya bastante con un muerto. ¿Por qué agregar dos?

—Ustedes lo quisieron.

En aquel momento se abrió una puerta a la izquierda que comunicaba con la habitación adyacente.

Nat lanzó un aullido de terror al ver la figura que se recortaba en el marco, una mujer con una cara horrorosa, comida por el ácido. Su pelo estaba desgredado, y se cubría con un vestido largo que le llegaba hasta los pies.

—¡No me engañaron, Jim! ¡No me engañaron! ¡Ésa debe de ser una actriz para una película de terror!...

La mujer soltó un chillido.

—¡Ustedes, ustedes me salvarán! —Eché a correr hacia Jim y Nat.

Nat retrocedió muy aprisa.

—¡No se acerque!... ¡No se acerque a mí! ¡Yo soy inocente!...

Sin embargo, Jim continuó en el mismo sitio y la mujer de rostro horroroso se detuvo ante él.

—Tiene que sacarme de aquí...

—¿Quién es usted?

—Martha Shanon...

Nat gritó:

—¡No, no es Martha Shanon, Jim! ¡Yo la dejé en los estudios y no puede haber envejecido tanto en tan poco tiempo!

—¿Cómo se llama usted? —preguntó la mujer.

—Jim Becket.

—Señor Becket, llevo aquí seis meses, y mire lo que han hecho conmigo. ¿Me ha visto la cara? ¿Me la ha visto?

—Sí.

—Estos canallas me hicieron esto. ¿Y sabe por qué? Para que otra mujer me sustituyese... Pero yo soy la verdadera Martha Shanon... La otra mujer se llama Edna Candell... Por lo que más quiera, señor Becket, créame, yo soy Martha Shanon, la única Martha Shanon que ha habido en el cine...

Gallagher rió otra vez.

—No insistas, querida. Jim Becket no te puede creer, ni tampoco te cree su amigo Nat.

—Eres un canalla, Gallagher... ¡Un miserable!... Esto lo has de pagar. ¡Tienes que pagarlo porque la justicia existe! ¿Lo oyes bien? ¡Existe la justicia sobre la tierra! Habéis destruido mi cara, habéis

destruido mi vida, y vosotros sólo lo pagaréis con la muerte...

CAPÍTULO XI

Jim Becket dijo:

—La creo a usted. Sé que es Martha Shanon...

—Gracias, Jim.

—Pero siento decirle que no nos va a servir de nada.

—¿Por qué?

—Mi amigo Nat y yo somos prisioneros de la pandilla de Gallagher.

—Dios mío, ¿es que no va a haber una oportunidad para mí?

—Sí, Martha. Habrá una oportunidad para usted, pero quizá esté escrito que Nat y yo no seamos los hombres que harán justicia...

Gallagher intervino:

—Eh, Jim, esa frase le salió muy hermosa.

—Utilícela para uno de sus guiones.

—No, yo no soy guionista. Esa función la cumplen los imbéciles que quieren dejar huella en el mundo... Sí, Jim, son los escritores los que están empeñados en ser eternos.

—Empiezo a comprenderlo todo.

—Bravo, Jim. Usted es un tipo listo. Ande, cuente la historia.

—No es muy larga —repuso Becket—. Esa mujer, Edna Candell, sustituyó a Martha Shanon y lo hizo en la mejor oportunidad, para protagonizar la más grande superproducción de Hollywood, «Teodora, emperatriz de Bizancio».

—Necesita ayuda para contar esa historia.

—Aporte los datos que falten.

—Es cierto que los estudios Petromix tenían proyectado rodar «Teodora», pero habían suspendido el proyecto. Fuimos nosotros quienes tuvimos que resucitarlo.

—¿Quiénes?

—La falsa Martha, si lo quiere decir así, y yo. Bueno, también me ayudó Zachary Spencer...

La verdadera Martha intervino:

—Jim, Edna Candell y Gallagher son esposos.

—Vaya, Gallagher, ¿por qué no dijo eso?

—Lo habría dicho en el momento oportuno. Pero ha estado bien que Martha puntualice el detalle.

—Así queda explicado por qué la Martha actual ha rechazado al director Mulligan. No podía casarse con él puesto que es su mujer, Gallagher.

—Sí, ése era el problema. Estoy enamorado de Edna y no quiero compartirla con nadie.

Hubo un silencio y luego Gallagher dijo con una sonrisa:

—¿Seguimos con la historia, Jim?

—Desde luego. No faltaba más.

—¡La puedo proseguir yo! —gritó Martha Shanon—. ¡Gallagher me trajo aquí engañada!... ¡Se iba a celebrar una fiesta en mi honor! Las viejas glorias de Hollywood querían rendirme un homenaje... ¡Fue así como llegué a esta maldita casa!

Nat intervino:

—Y menudo homenaje le obsequiaron. En lugar de brindar con champaña, brindaron con ácido... Si al menos se lo hubiesen dejado beber. Ahora estaría muerta y eso sería un descanso para usted.

—Nat, no deberías decir esas cosas —repuso Jim—. Martha puede quedar bien. Hoy existe la cirugía estética y hacen milagros...

Nat miró el rostro de la actriz.

—Jim, no es por nada, pero se necesitará el milagro más gordo para que ella pueda trabajar en la pantalla. Oh, perdón, señorita Shanon, no quise decir eso. En cuanto usted caiga en manos de Frankenstein, la pone como nueva... Otra vez la metí... ¿Por qué infiernos no me tengo que callar?

Gallagher repuso:

—Cállese, Nat. Aunque hace buenos chistes no está la cosa para el humor negro...

Jim dio un suspiro.

—Todo fue bien planeado, Gallagher. Le felicito.

—Gracias.

—Su esposa, Edna Candell ocupó el lugar de Martha después que a ella le sirvieron el ácido.

—No crea que fue trabajo fácil para nosotros... Tuvimos que trabajar durante muchas semanas.

—¿A qué se refiere?

—A que Edna tenía que moverse, hablar y gesticular como Martha Shanon. Observe lo que hay a la derecha.

Jim miró hacia allí y vio un proyector cinematográfico.

—Creo que me hago cargo. A Edna le proyectaron películas protagonizadas por Martha Shanon.

—Sí, Jim. Era lo mejor para que Edna se hiciese cargo del papel. Hubo película de Martha Shanon que la tuvimos que pasar una docena de veces. Y no es que Edna fuese torpe, todo lo contrario, era muy lista y atrapaba los detalles esenciales para comportarse como Martha Shanon... Pero sustituir a una persona siempre resulta difícil.

—Una pregunta, Gallagher.

—Hágala.

—¿Dónde conoció a Edna?

—Hace cosa de un año.

—Le pregunté dónde.

Muy lejos de aquí, en Atlanta, Georgia.

—Comprendo. Y desde entonces pensó en la sustitución.

—No.

—Cuando vio a Edna Candell le produjo una gran sorpresa. Allí estaba la doble de Martha Shanon. Es posible que, en un principio, pensase traerla a Hollywood para que rodase escenas sustituyendo a Martha. ¿Y quién mejor que una mujer que se le pareciese tanto?... Y por eso trabó amistad con ella. Pero, al conocerla, se dio cuenta de algo que yo también aprecié cuando la vi ayer.

—¿A qué se refiere, Becket?

—A su ambición... Sí, Edna Candell era una mujer ambiciosa, y usted se dio cuenta de ello en Atlanta, y fue entonces cuando en su mente surgió la idea genial. ¿Por qué Edna Candell iba simplemente a doblar a Martha Shanon? ¿Y si la sustituyese? Naturalmente, ése era un negocio de mucha envergadura y, para arriesgarse, tenía que ser con el estímulo de ganancias fabulosas...

—Es la ley del juego, Jim. A mayor riesgo, mayores beneficios.

—Y como consecuencia, usted decidió casarse con ella.

—Acertó.

—¿Lo hicieron enamorados?

—Claro. Sin el amor no se puede llegar a buen fin.

—Admito que ella estuviese enamorada de usted al principio, pero ya no lo está.

—¿Otra vez con eso? —dijo Gallagher, furioso.

Mike levantó la pistola y Jim dijo muy aprisa:

—Perdón, fue un desliz.

—Cometa otro, y Mike no vacilará en mandarlo al otro mundo.
¿De acuerdo, Mike?

—Seguro, Gallagher.

Tras la nueva pausa, Jim dijo:

—¿Dónde estábamos?... Oh, sí, el jefe de producción de la Petromix, Tade Gallagher y la chica de Atlanta, Edna Candell, deciden unir sus vidas. ¿Para qué? Para llevar a cabo el mayor negocio cinematográfico de su vida... ¿Habían pensado ya en realizar «Teodora, emperatriz de Bizancio»?

—A partir del día en que nos casamos, Edna y yo no pensamos otra cosa.

—De modo que usted le contó a Edna el plan y ella lo aprobó.

—Con todo entusiasmo.

—Lo cual prueba que ella era ambiciosa desde un principio.

—¿Qué tiene contra la ambición, Jim? Es la mayor rueda que mueve el mundo. Sin la ambición, todavía estaríamos en la Edad de Piedra.

—Seguiríamos en la Edad de Piedra con hombres y con mujeres como usted y como Edna. Otra pregunta.

—Adelante, Jim. Está abierto el consultorio sentimental.

—Había muchas cosas que Edna tenía que saber acerca de Martha Shanon para no cometer un fallo. Especialmente con respecto a sus maridos.

La genuina Martha Shanon lanzó un grito de dolor y se encaminó hacia Gallagher.

—Me drogaban, Jim. Eso es lo que hacían los muy canallas. Después de haberme arruinado la cara, me drogaban para sacarme todo lo que necesitaban saber para qué Edna ocupase mi puesto.

CAPÍTULO XII

—Martha, tranquilízate —dijo Gallagher.

—Sólo recobraré la paz cuando tú y Edna os hayáis hundido en el infierno.

—Me temo que vas a esperar demasiado.

—¡No, Gallagher! ¡Tiene que haber una justicia! ¡Tiene que haberla! ¡Ha de ser aquí, en la tierra! ¿Lo entiendes?... Tiene que haber una justicia en la tierra.

—Vuelve a tu sitio, Martha.

—¡No!

—Mike, ocúpate de ella.

Jim se movió hacia Martha y la cogió por el brazo.

—Martha, ven conmigo.

La atrajo hacia sí y evitó que Mike cometiese alguna barbaridad.

El otro hombre, el de la cara pálida, estaba junta a la puerta y también esgrimía una pistola.

—Señor Gallagher, ¿puedo hablar? —dijo por primera vez.

—Desde luego, Philip.

—¿Por qué prolongar esto? ¿Por qué no acabamos con todos ellos?

Nat intervino:

—Eh, vampiro, le vas a chupar la sangre a tu tía... ¿Lo ves, Jim? No le dieron la ración hoy y quiere resarcirse con nosotros... Además, ¿qué haces aquí, Philip? Ahora es de día y deberías estar metido en el ataúd.

Philip soltó una risita cavernosa.

—Jefe, quiero al gordito.

—Tuyo es, Philip —dijo Gallagher.

Nat gritó:

—¡No tiene derecho a entregarme a este tipo, señor Gallagher!... Recuerde que tengo que interpretar una película... Y a propósito,

todavía no me pagaron los quince dólares.

—¿Qué quince dólares?

—Los cinco dólares que me quedaron debiendo ayer y los diez de hoy.

Philip habló de nuevo.

—No se preocupe, señor Gallagher, yo me encargaré de pagarle.

—Claro, con una dentellada en el cuello —dijo Nat.

Gallagher chilló:

—¡Basta de esta conversación estúpida, Philip! Te confié a Nat.

De modo que, si vuelve a interrumpirnos, te lo llevas...

Nat se cubrió la boca con la mano para indicar que no volvería a interrumpir.

Jim dijo:

—No puedo creer que llevaron a cabo la sustitución de Martha sin dificultades.

—Con otra persona habrían sobrevenido errores pero Martha era un monstruo sagrado, una actriz con un Oscar y nominada para otros dos... Sus defectos tenían que ser considerados como rarezas.

—Sí, es lógico. Edna quedaba bastante cubierta en sus faltas.

—Celebro que lo comprenda, Jim.

—Y ya llegamos al final.

—Hermoso final. ¿No le parece?

—Sí, pero no nos precipitemos. Se va a filmar ya la gran producción. Todo les ha salido a ustedes de maravilla. Bueno, ha faltado introducir en el asunto a Zachary Spencer. ¿Por qué metió a Zachary en el negocio?

—Era demasiado trabajo para Edna y para mí. Lo pensamos más tarde... Zachary Spencer había trabajado conmigo en más de una docena de películas, y antes fuimos compañeros de televisión. Supe que podía confiar en él, pero no me decidí hasta estar seguro.

—¿Por qué no eliminaron a Martha?

—Decidimos demorar su desaparición hasta que se hiciese la película.

—Entiendo. Podrían aparecer los tres esposos y Martha les ayudaría.

—Sí, Jim. Fue como lo pensamos, y ocurrió tal como lo habíamos previsto.

—Se refiere a que sobrevino el fallo mayor.

—Exactamente.

—Y fue uno de los tres esposos. Hugh Linder.

—Fue un estúpido... Debió conformarse.

—¿Con qué debió conformarse?

—Con el dinero que pensábamos pagarle.

—De modo que Hugh Linder descubrió que Martha no era Martha.

—Así es.

—¿Y cómo lo descubrió?

—Martha tenía una cicatriz detrás de una oreja, en la izquierda... Hugh Linder lo sabía porque fue él quien se la ocasionó.

Martha Shanon intervino:

—Me estaba columpiando un día y de pronto se rompió la cuerda. Caí al suelo y me golpeé con un guijarro. Hugh se asustó mucho. Creyó que me había matado. Pero no fue nada. Sólo el golpe. Pero me quedó una cicatriz... —se señaló el lugar en donde la tenía.

Jim vio la cicatriz y clavó otra vez los ojos en el rostro de Gallagher.

—¿Qué hizo Hugh Linder cuando descubrió la diferencia?

—A su juicio, había descubierto otras cosas con respecto al comportamiento de ella.

—¿Cuándo?

—Hace tres días cuando Edna y Hugh se vieron por primera vez.

—Creí que se vieron por primera vez en el camerino ayer, cuando yo estuve allí.

—Fue una trampa de Hugh, Quiero decir que él habló del pasado para probar a Edna. Hugh se refirió al teatro en que lanzó a Martha. Dijo que habían sido dos semanas cuando habían sido tres meses y Edna picó el anzuelo... Supuestamente, Martha intervino quince días más tarde en el teatro de variedades... También era falso. Hugh Linder llevó a Martha al despacho de Ballinger.

—De modo que el descubrimiento de la falsa Martha ocurrió ante mis propias narices.

—Sí, Jim, y usted no se dio cuenta.

—Yo no me podía dar cuenta porque no conocía la vida privada de Martha. ¿Qué pasó después?

—Hugh Linder hizo una llamada a Edna desde el propio estudio.

—Sí, yo estaba presente cuando la llamada, y recuerdo que Edna dijo que se trataba de un periodista.

—No era un periodista, sino el propio Hugh...

—¿Qué le dijo Hugh a Edna?

—Que sabía que no era Martha y que la iba a denunciar a la policía...

—Y entonces intentaron matarlo arrojándole el saco.

—Fue cosa mía. Edna me puso al corriente... Ese condenado de Franz Turk no tuvo puntería. Hugh se vino con nosotros, después del escándalo.

—¿Y luego?

—En cuanto pude hablé con Hugh. Primero traté de convencerle de que estaba equivocado, de que Edna era Martha, pero él insistió... Había descubierto los fallos... Quería entrar en el negocio y, como primera cantidad, pidió cien mil dólares... No los teníamos. Le prometí que se los daría. Estaba informado acerca de la fiesta que se iba a celebrar anoche en honor de Martha. Si no podíamos darle cien mil dólares, le teníamos que dar veinticinco mil... ¿Se da cuenta, Jim? Aquello solo era el comienzo... Hugh Linder se iba a convertir en nuestra pesadilla porque seguiría chantajeándonos durante toda nuestra vida. Teníamos que evitarlo como fuese.

—Y usted había previsto una situación como ésa con el juego de los anónimos.

—Ya dio con la solución, ¿eh, Jim?

—Sí, ahora resultó fácil... Ustedes se habían metido en un negocio de gran envergadura. Cabían algunas posibilidades de fracasar, a pesar del parecido físico entre Martha y Edna. Su esposa podría simular muchas cosas cargándolas en el capítulo de sus rarezas, como dijo antes, pero estaban sus tres exesposos. Cualquiera de ellos podía echar el plan por tierra... Usted decidió preparar las cosas para el día en que empezasen a rodar la superproducción. Los maridos de Martha acudirían al olor de los millones, ya que Martha iba a rodar la película más costosa de la historia del cine... Por eso inventó los anónimos... Usted los confeccionaba y se los dirigía a Martha... Y por eso en el texto se decía que la muerte estaba cerca, pero nunca se decía cuán cerca podía estar... Naturalmente, siempre quedaba el último en el aire, en el que se marcaría el momento preciso de la muerte de la

supuesta Martha... Y así se hizo... «Te mataré a medianoche, querida».

—Estupendo, Jim. Lo ha sacado todo.

—Con su ayuda.

—Pero fue un mérito por su parte ligar una cosa con otra. Cuando la pasada madrugada, sonó el teléfono y Edna me dijo que usted había estado en su casa, y que le había contado a ella la historia, creí volverme loco. Después de todo nuestro trabajo, usted, un advenedizo, un tipo de tres al cuarto, había compuesto el rompecabezas...

—¿Quiere que le presente mis disculpas?

—Habíamos engañado a la brigada de Homicidios, a ese estúpido teniente, a su fofo sargento, pero usted no se había convencido...

—No me gustó la forma en que murió Hugh Linder, acuchillado en un tocador. Tampoco me convencieron las razones que me dio Martha de que Hugh Linder la habría matado para vengarse. Yo oí al propio Hugh en el camerino y lo que dijo fue muy juicioso... Llegué a la conclusión de que Hugh, como era lógico, podía lamentar el que Martha se hubiese separado de él, pero había sacado una buena tajada, cien mil dólares por vender su contrato con Martha a los estudios... En aquellos tiempos, cien mil dólares era mucho más dinero que hoy, y por tanto, Hugh Linder recibió el premio al trabajo que había realizado. No, no lo consideré yo un tipo capaz de esperar tantos años para arruinar a Martha Shanon...

—Muy bien, sabueso. ¿Qué quiere ahora como premio?

—Se lo diré, Gallagher. Entréguese a la policía. Me refiero a usted, a Zachary, y naturalmente, deben ir acompañados por su mujer, por Edna.

Gallagher lanzó una risotada.

—Mike, plomo con él.

—A la orden, jefe.

Nat gritó:

—Eh, les falta saber algo... No tienen derecho a disparar. Ya que nos vamos a ir al otro mundo, quiere conocer toda la historia y falta algo.

—¿A qué se refiere?

CAPÍTULO XIII

—A la agencia Middlett, ¿qué infiernos pintaban en el asunto? ¿Por qué los contrataron ustedes?

—Eres de verdad un bisonte con cuernos, Nat —exclamó Gallagher—. Si hubiésemos sabido que ibas a aparecer tú con tu amigo, no habría sido necesario Middlett, pero Jim Becket estaba fuera de programa, puesto que no conocíamos su existencia. La agencia Middlett tenía que cubrirnos la espalda. Sam Middlett es el detective más sucio de Los Ángeles. Un par de veces ha estado a punto de perder la licencia. El era nuestro hombre porque nunca hace preguntas y sólo le interesa el dinero... ¿Te enteraste ya, búfalo?

—Oiga, eso de búfalo no lo dirá en serio.

—Lo digo en serio.

—Entonces yo le voy a decir Jo que fue su madre.

—¡Mike! —exclamó Gallagher.

—No le digo lo que fue su madre —dijo rápidamente Nat.

Jim intervino:

—Olvida lo más importante, Gallagher. ¿Cómo se las arregló Edna para que ocurriese la muerte de Hugh Linder a medianoche?

—Está tratando de prolongar esta situación, Jim.

Usted sabe perfectamente que eso fue lo más fácil... Edna, se llevó a Hugh Linder al tocador para hablar con él.

—Suponga que allí hubiese habido gente.

—Habría demorado la muerte de Hugh. No habría pasado nada con que hubiese muerto a la una o las dos de la madrugada, en el tocador o en otra parte.

—Les salió demasiado bien.

—No me negará que todo lo que se planea a la perfección, ha de salir lógicamente sin error...

Nat habló de nuevo.

—Eh, Gallagher, se me está ocurriendo la gran idea de todos los tiempos.

—Lo dudo, pero dila.

—Hacer una película con todo esto.

—¿Con qué?

—Con el argumento que ha salido de aquí. ¿Se lo imagina, Gallagher? La Martha que no es Martha. La Edna que no es Edna... El búfalo que no es búfalo... —señaló al tipo escuálido—. Y el vampiro que es vampiro...

—Mike, cárgatelo.

—¡No tiene derecho! ¡No puede! —gritó Nat—. ¡Es Philip quién se tiene que ocupar de mí!

—Duro con él, Philip.

—En el sótano —gritó otra vez Nat.

Jim habló de nuevo.

—Gallagher, espere un momento...

—No tenemos nada que esperar.

—No puede darse este baño de sangre.

Nat dio un paso hacia Jim.

—Yo estoy contigo y ya somos dos... No, Gallagher.

En aquel momento se oyó el chirrido de los frenos de un coche.

Nat gritó:

—¡Por fin llegó la policía! ¡Estamos salvados! —Se abrazó a Jim—. Ha pasado como en las películas. Tenía que ser así, puesto que estamos en el cine.

Gallagher miró a través de la ventana.

—Tienes razón, Nat. Llegaron los buenos.

—Señor Gallagher —sonrió Nat—, a partir de ahora todo lo que diga le será tenido en cuenta. De modo que será mejor que cierre el pico.

Se abrió la puerta ante la que se encontraba Philip, pero no entró la policía sino la falsa Martha Shanon. Vestía un atuendo deportivo, *shorts* azules y camisa blanca. Se sujetaba el cabello con un lazo. Estaba muy bella, especialmente si se la comparaba con la verdadera Martha Shanon, cuya cara inspiraba horror.

—Hola, muchachos. Creí que ya habrían terminado el *pierde*.

—Edna —dijo Jim—, dile a tu marido que te lo llevarás a la Patagonia.

—De modo que ya lo sabes todo... Gallagher, ¿por qué has perdido el tiempo?

Jim fue el que respondió:

—¿Es que no lo sabes, Edna? Todo hombre se muestra orgulloso de su obra maestra... Esta confabulación criminal es el mejor trabajo de su vida.

—Tade, eres un estúpido —dijo Edna.

—Cuidado, Edna, no te consiento un insulto.

—Me vas a consentir más de uno porque estás echando a perder el plan.

—¿Quién lo está echando a perder, Edna? Fuiste tú al contratar a este hombre. ¿Necesitas que te lo recuerde? ¿A quién se le ocurrió pagarle cien dólares diarios?

—Lo hice por nuestra coartada.

—La coartada ya estaba cubierta con la agencia Middlett.

—Tú mismo dijiste que el señor Middlett estaba desacreditado. ¿Crees que el teniente de la policía se habría conformado con las palabras de Middlett? Hubiese olido a podrido. Al llegar Jim, creí que con su ayuda todo saldría mejor.

—Sí, pero no pensaste que Jim pensaría por su cuenta.

—Muy bien, pensó por su cuenta, y ¿de qué le ha servido? Yo te lo diré, para que se vaya más rápidamente al infierno.

Martha estaba respirando entrecortadamente y saltó sobre Edna.

—¡Me has quitado mi cara! ¡Devuélveme mi cara!

—Apártate de mí, vieja bruja —dijo Edna.

Sin embargo, Martha logró pegarle un puñetazo.

Edna cayó al suelo.

Jim comprendió que el ataque de Martha no servía para nada porque Mike y Philip estaban lejos de ellos y continuaban esgrimiendo la pistola.

Por eso se arrojó sobre Martha y la tomó por el brazo.

—¡No haga eso, Martha!

Edna se levantó rápidamente. Tenía el labio partido.

—¡Mira lo que ha hecho, Tade!... —Se limpió la sangre con el dorso de la mano y gritó otra vez—: ¡Me ha roto la boca! ¡Me la ha roto!... ¿Cómo voy a trabajar ahora? ¡Mátala, Tade, o la mato yo!...

—Espera un momento, nena. He preparado las cosas bien. No nos podemos precipitar.

—Conque no, ¿eh?... ¿Qué es lo que has pensado?

—Los vamos a llevar al sótano. Allí hay un gran pozo. Philip lo ha llenado por la mitad de cal viva. Meteremos en él a los tres y, en poco tiempo, no quedará ni rastro de ellos.

—Estupendo. Los meteremos vivos —dijo Edna.

Nat gritó:

—Eh, no sea usted tan asesina, emperadora. Yo prefiero que me metan muerto...

Gallagher hizo una señal a Philip, que seguía junto a la puerta.

—Al sótano con ellos.

Philip se apartó de la puerta para ponerse detrás de las víctimas.

Jim cambió una mirada con Nat. Quería decirle que aquél era el momento para atacar.

Y los dos atacaron.

Jim lo hizo con más conocimiento que Nat porque saltó sobre Edna, que había quedado cerca de él.

En una fracción de segundo la atrapó por el cuello para servirse de ella como escudo.

Mike hizo un disparo y la bala la recibió Edna en el vientre.

—¡Tade!

Gallagher agrandó los ojos al ver que su mujer había sido alcanzada por el plomo.

Sacó una pistola del bolsillo y se puso a disparar una y otra vez sobre Mike.

Nat había caído sobre Philip y los dos estaban rodando por la vieja alfombra.

Gallagher, después de matar a Mike, gritó:

—¡Suelta a Edna, Jim!

Jim no la dejó libre, continuó sirviéndose de ella como escudo, Edna no había muerto y gimió:

—Tade, me han metido una bala en las entrañas... Tienes que llevarme a un hospital...

Nat descargó un puñetazo en la cara de Philip y lo dejó sin conocimiento.

Gallagher avanzó hacia Jim y su mujer, ignorando a todas las personas que se encontraban en la estancia.

Martha Shanon pudo saltar sobre él y lo hizo como una tigresa, pegándole un zarpazo en el cuello y llevandoselo consigo.

Jim dejó en el suelo a Edna y corrió hacia la pistola que Mike había abandonado. La tomó en el momento justo en que Gallagher se había desembarazado de Martha y se disponía a hacer fuego sobre ella.

Jim disparó una y otra vez.

La primera bala golpeó contra la cabeza de Gallagher y lo hizo girar. La segunda lo atrapó por la espina dorsal, pero no sintió ésta porque la primera lo había matado.

Se oyó a Edna.

—Me muero..., Tade, me muero... No resultó... Qué lástima... No resultó... Yo habría ganado un Oscar... La mejor actriz, la más grande actriz... —Luego expiró.

Nat se puso en pie.

—Eh, Jim, ganaron los buenos...

Martha Shanon estaba de rodillas cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué han hecho conmigo, Dios mío?

El presidente de la Petromix Producciones Paladium, George Adams, estrechó la mano de Jim Becket.

—Señor Becket, usted ha hecho un gran servicio a Hollywood, y especialmente a nuestra productora... Aquí tiene sus diez mil dólares de recompensa... Más tarde recibirá otro premio que le ofrece la propia Martha Shanon. Serán veinticinco mil...

—Me interesa saber cómo va a quedar ella, señor Adams.

George Adams sonrió.

—Tengo buenas noticias respecto a eso, señor Becket. Me acaban de informar de la Clínica Meyers. Hoy es un gran día para Hollywood y para todos los aficionados al séptimo arte... Martha Shanon recuperará su rostro, el que se hizo famoso en todas las pantallas del mundo...

Nat, que estaba allí presente, preguntó:

—¿Tendrá la misma cara, señor Adams?

—Sí.

—Pues ya deben esmerarse en esa clínica porque la pobre estaba como para darle una limosna.

—Señores, hoy son posibles esos milagros de la cirugía... Sí, Nat, también usted puede someterse a los cuidados de un doctor para que le arreglen lo que le causó la cox.

—No me pegaron ninguna coz, señor Adams.

—Oh, perdone...

—Señor Adams —carraspeó Jim—. ¿Qué pasará con Zachary Spencer?

—Tendrá que sufrir una condena. Me imagino que con cinco años de cárcel tendrá bastante. Peor librado va a salir Middlett. No hay quien le quite diez años de encierro...

Nat comentó:

—Se lo tuvieron bien merecido.

—Bien, señor Adams —dijo Jim—, ya nos veremos en otra ocasión.

Cambiaron un apretón de manos y los dos amigos, Jim y Nat, salieron de la dirección.

Tropezaron con Flip Mulligan, el cual estaba muy entusiasmado.

—Me alegro de verles. Gracias a ustedes he recuperado a Martha Shanon. ¿Saben que me voy a casar con ella?

—Demonios, el cuarto esposo —dijo Nat.

—A propósito, cuento con usted para el papel que tenía.

—Lo siento, señor Mulligan, pero me retiro del cine. Pásele los cuernos a otro.

—Como quiera. De todas formas, sepan que siempre serán bienvenidos a casa del matrimonio Mulligan. —Shanon.

Mulligan se despidió y entró en la oficina que los dos amigos acababan de abandonar.

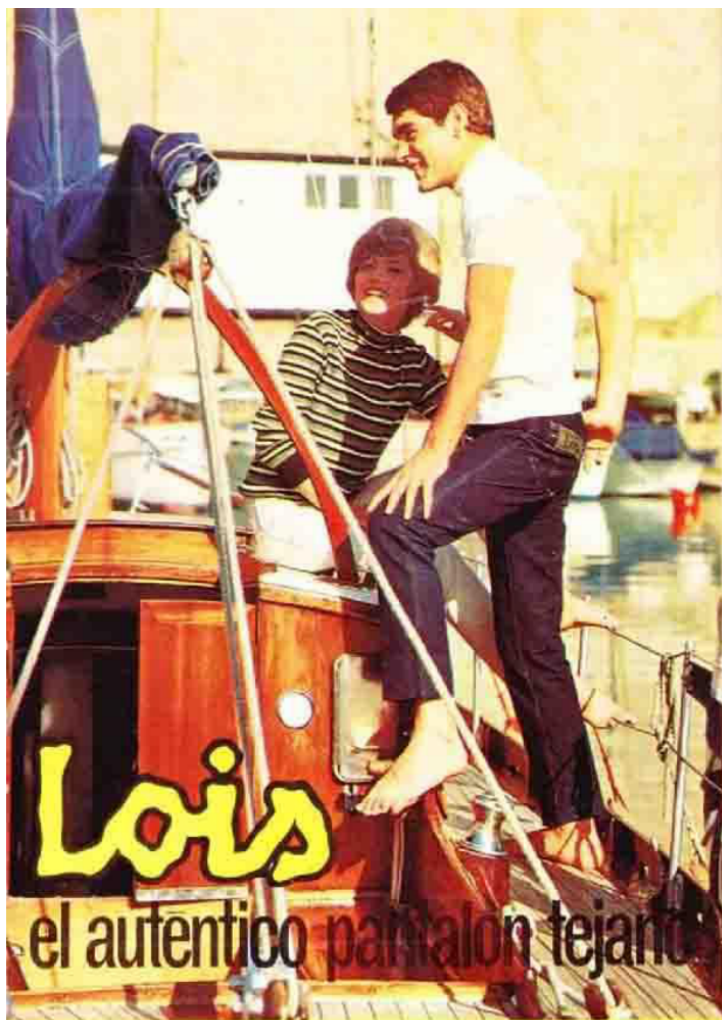
—Eh, chico —dijo Nat—, nunca habíamos tenido tanto dinero... Ahora sabremos cuál es la buena vida.

—Seguro, Nat.

—Será mejor que empecemos cuanto antes.

—Lo mismo digo.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

